Episodios, Anécdotas y Leyendas

DEL

DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA

Obras de Fletes Bolaños

LA ULTIMA CALAVERADA, novelita. (Edición agotada).

LA ULTIMA CALAVERADA, 2ª edición corregida, aumentada é ilustrada.

AJIACO, cien artículos: cuentos, tradiciones, crítica, etc. [Edición agotada].

CUENTOS Y CUENTAS, continuación de AJIACO, cien artículos: ídem, ídem. Ilustrada. (Edición agotada).

LA RIFA, comedia política en dos actos y en prosa, representada en un teatro de la legua, con extraordinario éxito, naturalmente.

RETUMBOS DEL ALMA ó ¡SE DISUELVE LA COMPAÑIA!, juguete cómico en un acto y en prosa, representado con bastante éxito en Managua por la compañía de Leal y Barrajón.

ROJO... CUENTOS DE LA CALLE, lectura peligrosa, más para los varones castos palomos, Lucrecios y Susanos, que para las mujeres honestas y los niños. (Felizmente edición agotada).

CUENTOS DE TIO DOÑA.

CUADRITOS DE COSTUMBRES. [Edición agotada].

RECUERDOS DE LOS TREINTA AÑOS, obra polìtico histórica, ilustrada con retratos.

EPISODIOS, ANÉCDOTAS Y LEYENDAS DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA, primera serie

DICCIONARIO DE NICARAGUANISMOS. (Inédita).

EN PREPARACION

VIDA Y MILAGROS, conclusión de AJIACO: cuentos, tradiciones, etc.

HISTORIA, CRITICA Y FILOLOGIA.

EPISODIOS, ANÉCDOTAS Y LEYENDAS DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA, segunda serie.

331175

Anselmo Fletes Bolaños

Episodios, Anécdotas y Leyendas

=DEL=

Descubrimiento y la Conquista

PRIMERA SERIE

MANAGUA, NICARAGUA, C. A.
Tip. de Sofonías Salvatierra
1915

PROPIEDAD DEL AUTOR

531175

De parte del Autor S.
Suplica reciba.

PROLOGO

Si hay inventiva en esta obra, ella no es otra sino la forma en que presentamos lo histórico–novelesco que traen los autores de historia que hemos leído; y decimos ***histórico-novelesco*** para distinguir nuestro trabajo de la novela histórica propiamente dicha. Ambas cosas son distintas en cuanto al fondo de la verdad: un episodio histórico, por muy romántico que sea, merece los honores del crédito, mientras que al leer las novelas de Dumas, padre, por ejemplo, debemos ser cautos en aceptar la ***historia*** que nos da ese novelista. Con todo-nos referimos a la inventiva–hay algo exclusivamente nuestro en EPISODIOS, ANÉCDOTAS Y LEYENDAS DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA, algo que no se opone a la verdad histórica, como son los juicios ó comentarios independientes del pensar de los autores que hemos hasta copiado, juicios ó comentarios que expresamos con un derecho que no se discute.

Pero, ¿por qué nos curamos de que no hay mayor novedad en EPISODIOS ANÉCDOTAS Y LEYENDAS? Ciertamente, por qué? Las obras de historia no son, las unas repetición de las otras? Aun el primer historiador no hizo más que copiar..... los hechos.

Washington Irving nos ha servido para esta serie; otros historiadores nos serviràn para las demás. Ahora, pues, damos novelesca historia -no histórica novela-de Irving, la misma, en diferente forma, que el ilustre historiador americano presenta de Las Casas, Oviedo, Charlevoix, etc.

A. FLETES BOLAÑOS.

León, 7 de julio de 1915.

LA BANDERA BLANCA.

El uso de la bandera blanca en señal de paz es antiquísimo, tanto, que no hay historia de que determinado país lo haya conocido antes que los otros, y parece que de él se han valido todos los pueblos, los civilizados como los salvajes. Los españoles vieron la bandera blanca entre los indios de América en el cuarto viaje de Cristóbal Colón.

El Almirante, después de doblar el cabo de Gracias á Dios, continúa por la costa de los Mosquitos; el 16 de septiembre de 1502 experimenta en la embocadura de un abundante río la pérdida de un bote con gente, y el 25 ancla entre el continente y una islita que los naturales llamaban Quiribiri, á la cual Colón puso el nombre de La Huerta, porque abundaban en ella las piñas y cien frutos más delicados y aromáticos. En frente de Quribiri estaba, á la orilla de un hermoso río, un lugar indio llamado Cariari, que era fresco y verde, salpicado de colinas y florestas y con árboles de grandísima altura.

Los habitantes de Cariari se prepararon á defender su tierras, armados de flechas, lanzas y clavas; pero los españoles permanecieron tran-

quilamente á bordo, reparando sus buques, aireando sus provisiones y descansando de las fatigas del viaje. Al ver los salvajes que aquellos hombres no querían molestarlos, cesando su alarma y siguiendo á ella una vivísima curiosidad, los convidaron á ir á tierra; los más intrépidos fueron á nado á los barcos cargados de mantos y túnicas de algodón y adornos de *guanîn*, una especie de oro tumbaga, y ofrecieron estos artículos á los españoles; pero Colón, con la idea de inspirar confianza á los naturales, les hizo varios regalos sin recibir nada en cambio. El orgullo de los indios se sintió herido, pues tomaron esta acción por desprecio, por lo que al volver á tierra, ataron juntos los artículos europeos que les habían dado y los dejaron abandonados en la arena, donde fueron hallados al otro día por los españoles.

Querían los de Cariari disipar las sospechas que pudieron haber causado con sus amenazas, y para ello emplearon este medio: cuando un bote de los buques se acercó cautamente á la playa á buscar sitio aparente para llenar los cascos de agua, salió de entre los árboles un indio anciano y de venerable presencia, con una bandera blanca suspendida de un palo, y conduciendo dos jovencitas que llevaban joyas de *guanin* al rededor del cuello. El anciano y los suyos condujeron á las muchachas al bote y las entregaron á los españoles para que las tuviesen en rehenes.

Llevadas las inditas á bordo, no manifestaron sentimiento ni miedo al entrar en los buques, aunque las rodeaban hombres que debieron parecerles extraños. Colón las agasajó, vistió y ador-

nó y las tuvo bajo su solícita protección, procurando que nadie abusara de la confianza que en él se ponía. A la mañana del día siguiente las volvió á sus compatriotas, quienes dieron nueva muestra de su herido orgullo: por la tarde, cuando fueron los botes á tierra, aparecieron las jovencitas acompañadas de una comitiva de deudos y otros indios con todos los regalos que á ellas les había hecho el Almirante. ¡Grande era el agravio que los salvajes sentían al ver que sus presentes habían sido rehusados!

LOS INDIOS ENCANTADORES.

No hay pueblo que no crea en encantos, ó, cuando menos, que no haya creído en ellos. La historia de todos está llena de supersticiones en que el diablo juega la mejor parte. ¿No se cree todavía en el cadejo, etc., aun en las ciudades?

Cuando los españoles vinieron al descubrimiento de América, aquéllos y los naturales se tenían recíprocamente por encantadores. Se explica la flaqueza de los unos y la de los otros: los indios consideraban á los descubridores entes de un orden misterioso y sobrenatural, y éstos pertenecían á la edad característica de la fe supersticiosa.

Al acercarse el Adelantado don Bartolomé Colón á la costa de Cariari (septiembre de 1502), después de las escenas que referimos en el pequeño episodio de *La bandera blanca*, dos de los principales indios entraron en el agua, le llevaron en brazos á tierra y le sentaron con gran ceremonia sobre unos céspedes. Don Bartolomé mandó entonces al escribano de la escuadra, que anotase las respuestas de los indios á quienes iba á pedir noticias relativas á los países inmediatos. El escribano prepara pluma, papel y tintero, y empieza á encabezar su escrito; pero los indios, apenas ven esto, equivocándolo con alguna operación nigromántica que los destruiría, huyen

aterrados. Después vuelven arrojando al aire polvos odoríferos y quemando algunos de ellos en tal dirección, de modo que el viento llevase el humo á los españoles. Para los indios era éste un antídoto que oponían al supuesto arte diabólico de sus visitantes.

Los marineros consideraban ese humo con desconfianza, temiendo que hubiese en él algo de magia; y hasta Fernando Colón, hijo del Almirante, que se halló presente á aquella escena, sospecha que los indios eran gente versada en la brujería, y por eso creían á los demás entendidos en ella. Colón mismo pagaba también tributo á las creencias de su época, pues á los reyes Fernando é Isabel les aseguró que los habitantes de Cariari y sus cercanías eran grandes encantadores; indicando que las dos muchachas indias que visitaron sus buques ocultaban polvo mágico en sus personas. El crédulo Almirante añadió, según el historiador de quien tomamos estos datos, que los marineros atribuían todas las dilaciones y trabajos que habían padecido en la después llamada costa de los Mosquitos, á la influencia de algún mal encanto ejercido por la brujería de los naturales.

LA PRIMERA SANGRE.

El 4 de enero de 1493 salió Colón de la Navidad para volver á España de su primer viaje, pero haciendo un costeo por el extremo oriental de la Española (Haití). Llegó á la bahía que está al Occidente del promontorio de Monte-Christi, que es alto, sólo unido á la Española por una baja garganta de tierra, promontorio que de lejos les pareció una isla á los españoles; detúvose allí unas cuarenta y ocho horas, y el 6 dobló el cabo, encontrándose á la navegación de unas diez leguas con Martín Alonso Pinzón que se le había separado, con éste ú otro motivo, en noviembre del año anterior; pero volvió á la bahía de Monte—Christi, á causa del tiempo adverso y por no haber anclaje seguro en las inmediaciones.

Colón, habiéndosele juntado la Pinta, que era la carabela que comandaba Pinzón, hubiera querido explorar las costas de aquella imaginaria Cipango; pero no tenía ya confianza en los Pinzones; así es que determinó seguir su vuelta á España.

El 9 se dió otra vez á la vela para seguir costeando la isla, hasta llegar al alto y bello promontorio llamado entonces cabo del Enamorado, y ahora del Cabrón, y después surgir, más allá, en una dilatada bahía, ó golfo, mejor dicho,

de tres leguas de ancho, y que se extiende tanta tierra adentro, que el Almirante supuso á primera vista que fuese un brazo de mar que separaba la isla de otras tierras.

Desembarcó. Los naturales de la costa de esa bahía ó golfo se diferenciaban mucho de los apacibles indios conocidos hasta entonces, pues eran «feroces de aspecto, y de porte turbulento y belicoso. Iban pintados espantosamente, y llevaban los cabellos largos y atados por la espalda y decorados con plumas de loros y otros pájaros de colores fuertes. Tenían arcos y flechas, clavas y espadas de formidable especie. Eran los arcos largos como los que solían usar los sagitarios ingleses; las flechas de delgados juncos, con puntas de madera endurecida, espina ó hueso. Las espadas de madera de palma, tan dura y pesada como el hierro; no afiladas, sino anchas, y casi de dos pulgadas de espesor, y capaces de abrir de un golpe el yelmo de un guerrero hasta los sesos. Aunque armados de un modo tan idóneo para guerrear, no intentaron molestar á los españoles; al contrario, les vendieron dos arcos y muchas flechas, y condescendió uno de ellos en pasar á bordo de la carabela del Almirante.»

«Habiendo refrescado el guerrero á bordo de la carabela y recibido varios regalos, volvió otra vez á sus playas de orden del Almirante, que confiaba abrir por su mediación comercio de oro entre sus compañeros. Al acercarse á tierra el bote, más de cincuenta salvajes armados de arcos y flechas, clavas y lanzas, se vieron correr entre los árboles. Á la primera palabra del indio que iba á bordo, arrojaron las armas y se adelantaron

á recibir á los españoles. Éstos, según las órdenes del Almirante, quisieron comprar algunas armas, para llevarlas como curiosidades á España. Vendiéronles los indios dos arcos; pero asaltados por repentina desconfianza, ó creídos de que subyugarían fácilmente aquel puñado de extranjeros, se precipitaron al sitio donde habían dejado sus armas, las empuñaron arrebatadamente y volvieron blandiéndolas con gritería y miradas amenazadoras, trayendo cuerdas para atarlos. Éstos los atacaron inmediatamente, hirieron á dos, y dispersaron á los otros aterrados de ver el centellante lustre y agudo corte de las armas toledanas.»

Aquellos indios eran de la tribu de los ciguayos, osada y endurecida raza de un distrito montañoso de veinticinco leguas á lo largo de la costa y otras tantas, ó más, por el interior; y el golfo era el que el Almirante llamó de las Flechas y que hoy se conoce con el nombre de Samaná.

El espíritu franco y audaz de los ciguayos se mostró al día siguiente de la escaramusa. Una multitud de ellos apareció por la costa, por lo que Colón envió una partida bien armada en un bote; pero los ciguayos se acercaron sin vacilar, confiados é impávidos como si nada hubiese ocurrido. Su jefe, que se encontraba en la ribera, envió al bote una sarta de piedrezuelas ó pedazos de conchas: esto era el tahalí de la paz sagrado entre los indios. El cacique vino después, y entrando intrépidamente en el bote con tres de los suyos, pasó á bordo de la carabela de Colón.

Esta conducta del cacique, signo de la índole osada y generosa de éste, fué apreciada por

Colón que recibió al ciguayo con esplendidez: le presentó una refacción de los mejores manjares que había en la carabela, especialmente de galleta y miel que eran lo que más deseaban los indios, y después de mostrarle las maravillas del buque, le volvió a tierra contentísimo del recibimiento. El cacique, agradecido, regaló al Almirante una diadema de oro. Washington Irving dice que los historiadores que hablan al respecto no mencionan el nombre del jefe ciguayo; pero que era, sin duda, Mayobanex, á quien damos á conocer en otra parte.

En el golfo de Samaná se derramó por la vez primera por los blancos la sangre de los naturales del Nuevo Mundo.

QUIBIAN.

A Colón le habían los indios de Cariari indicado que abundaba en oro y plata la región conocida hoy por Costa Rica, á la que los naturales llamaban Caribaro y los españoles después Veragua, nombre de una ciudad del que lo tomó toda la provincia. Quibián era el principal cacique de ese país de reputada opulencia, en donde el descubridor y los suyos creían que se encontraba el Aureo Quersoneso que dicen que á Salomón proveyó de riquezas para su templo.

El 5 de octubre de 1502 salió la escuadra de Cariari para Caribaro, y al cabo de navegar veintidós leguas, ancló en una bahía llena de islas separadas unas de otras por canales. Colón, después de obtener grandes láminas de oro de los naturales de esas islas, siguiendo á lo largo de la costa llegó á la entrada de un río llamado Catiba, en donde le esperaba una alarma guerrera. Disipada ésta, los botes bajaron á tierra, y el cacique, una majestad en cueros como sus súbditos, que se cobijaba con una inmensa hoja de un aguacero que á la sazón caía, recibió amistosamente á los españoles. Se recogieron diecinueve láminas de oro fino. Allí los españoles vieron por primera vez en América algunas señales de arquitectura.

Colón no continuó entonces su derrota hacia el Oriente, en busca de un estrecho que él creía

que debía haber para pasar al otro lado, el principal objetivo de su cuarto y último viaje, sino que volvió á la costa de Veragua. El estrecho era imaginario; lo que existía era el istmo que después iba á atravesar Vasco Núñez de Balboa para descubrir el Océano Pacífico. Colón, pues, abandonando el rumbo oriental, volvió al Occidente en busca de las cacareadas minas de oro de Veragua (5 de diciembre de 1502). La misma noche ancló en Puerto-Belo, y casi un mes después llegó á la entrada de un río llamado Yebra por los naturales, á una ó dos leguas del Veragua, en la tierra que rica en minas se decía. Al Yebra le dió Colón el nombre de Belén, por haber llegado á él el día de la Epifanía, y á su hermano el Adelantado le encargó de explorar el país.

La residencia del cacique, de nombre Quibián, otra majestad completamente desnuda, distaba una legua y media del río de Veragua, y á ella se dirigió el Adelantado. El caudillo indio, que era político, conociendo la intención, bajó por el río á encontrar á los españoles. Quibián era alto, de robustas formas y continente guerrero. La entrevista fué cordial. El cacique presentó al Adelantado los adornos de oro que llevaba, y recibió de su huésped algunos dijes europeos. Se separaron mutuamente satisfechos. Al otro día el cacique visitó los buques. Colón le agasajó, pero la entrevista duró poco, porque el indio era taciturno y cauteloso de carácter. Quibián se volvió á su casa, después que su comitiva trocó muchas joyas de oro por las acostumbradas bagatelas. Pero el Adelantado debía explorar el país; ascendió, pues, el río, acercándose

al lugar de Quibián, que estaba situado en la falda de una colina. El cacique salió à recibirle cortésmente con algunos de sus súbditos desarmados que hacían señales de paz. Un indio sacó del río una gran piedra, y habiéndola lavado, Quibián se sentó en ella como en un trono. De allí salió el Adelantado á visitar el interior de los dominios del cacique, acompañándole tres guías que éste le facilitó para que le condujesen à las minas.

Los guías, después que llevaron á los españoles por un suelo impregnado de oro, desde la cima de una colina mostraron al Adelantado una extensión de tierra que llegaba hasta donde podía alcanzar la vista, y le aseguraron que toda esa tierra, en veinte leguas al Occidente, abundaba en oro, y con especialidad ciertos lugares que le dijeron. Pero el político Quibián había engañado á don Bartolomé: las verdaderas minas de Veragua estaban más cerca y eran más ricas, y las que los guías le mostraban eran las de un cacique vecino con quien estaba en guerra. Pronto lo comprendieron los españoles.

Creyendo, pues, el Almirante que las minas de Veragua eran las mismas del Áureo Quersoneso que habían proporcionado á Salomón el oro con que adornó el templo de Jerusalén, según Josefo, determinó formar una colonia en sitio á propósito de los dominios de Quibián, y procedió á ello. Entre tanto Quibián que veía con secreta indignación que los extranjeros edificaban casas, sorprendían los secretos del país y manifestaban la intención de establecerse en él; entre tanto el cacique de Veragua, que no sólo era político,

sino también osado y de marcial espíritu, ignorando la superioridad de sus enemigos juró destruirlos y empezó á reunir gente, con el pretexto de hacer la guerra á una provincia circunvecina; pero el Adelantado, que supo los intentos de Quibián, gracias á un atrevido ardid de un tal Diego Méndez le apresó á él y cincuenta personas más en su misma casa. Entre éstos se hallaban las mujeres é hijos de Quibián y varios de sus súbditos distinguidos.

Don Bartolomé se manifestó sordo á los lamentos y súplicas de los salvajes que ofrecían por la libertad del cacique un gran rescate en oro. Quibián era demasiado poderoso, al paso que como prisionero serviría en rehenes para seguridad de la colonia.

Juan Sánchez, primer piloto de la escuadra, hombre de mucha fuerza y más ánimo, se ofreció voluntariamente á conducir los cautivos á los buques, diciendo que si se le escapaba el cacique de las manos, permitía que le arrancasen las barbas pelo á pelo. Con esta baladronada se llevó al cacique atado de pies y manos. Cuando estaban casi á la boca del río, aflojó un poco la cuerda que ataba á Quibián al banco del bote, porque el desgraciado se quejaba amargamente del dolor de las ligaduras hasta herir el corazón del piloto. El astuto indio aprovechó una ocasión oportuna, y cuando Sánchez miraba á otra parte, se arrojó repentinamente al río. Fué tan violenta la inmersión de Quibián, que el piloto tuvo que abandonar la cuerda para no caer también. Sánchez llegó avergonzado de su jactancia á los buques con los demás cautivos, de los cua-

les unos lograron fugarse tirándose al mar, y otros se ahorcaron ellos mismos, viéndose en el modo de suicidarse una inflexible determinación. Quibián no pereció, como supusieron algunos: aunque atado, nadó en el fondo del río y logró llegar á su casa. La desolación de ésta y la captura de sus mujeres é hijos le llenaron de desesperación, y resolvió tomar señalada venganza de los extranjeros que quedaban en tierra. Con gran número de gente se acercó á la colina en que estaba la colonia jünto á un barranco y á tiro de ballesta del río de Belén, y la atacó furioso. Fué derrotado, habiendo hecho muertos y heridos entre los españoles, uno de los últimos el Adelantado que recibió una ligera lanzada en el pecho. Pero pereció un bote que Colón despachó á tierra á la hora del conflicto: con excepción de un español llamado Juan de Noya, tonelero de Sevilla, que quedó para contar el cuento, todos, dos soldados, ocho marineros y Diego de Tristán, el jefe, murieron en el río á manos de los indios de Quibián.

El cacique de Veragua triunfó al fin, pues los indios, animados por el buen éxito contra el bote, renovaron las hostilidades en el puerto. Sus patrióticos alaridos se respondían y comunicaban por varias partes de las cercanías. Esto, y el horroroso espectáculo de los despedazados cuerpos de Tristán y su gente que vinieron flotando río abajo, acompañados de cuervos y otras aves carnívoras que los devoraban graznando y disputándose la humana presa, desalentaron á los españoles de la colonia. Colón tuvo que abandonar la desastrada costa de Veragua.

CAONABO.

Colón, en su primer viaje (1492), antes de volver á España determinó construir en la Española (Haití) la fortaleza de la Navidad, y dejar en ella parte de su gente; entre tanto recibía diariamente pruebas del afecto y amistad de Guacanagarí. Pronto fué construida á la orilla del puerto del mismo nombre. Dióle el mando de ella, con treinta hombres escogidos, á Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra. El 2 de enero de 1493 se despidió del generoso cacique. Abrazó á Guacanagarí, quién se conmovió tanto, que vertió abundantes lágrimas.

Así como el Almirante hubo partido, empezaron las disenciones entre los españoles; hasta los últimos aspiraban á participar de la autoridad y aun á ejercer la supremacía; y aun que no eran más que un puñado de hombres rodeados de tribus salvajes, y sin otra protección, sino su prudencia y la bondad de los indios, se dieron á cometer en éstos los más feroces y crueles abusos. Cada cual quería llenar de por sí su cofre de oro, y no se contentaban con el buen éxito logrado entre las indias, á pesar de haberles dado Guacanagarí dos ó tres á cada hombre. Valiéndose de la fuerza se apoderaban de las vestimentas ó adornos de los naturales, y ultrajaban el pudor y la

castidad de las esposas é hijas de los sencillos isleños, quienes veían con asombro las incesantes luchas de aquellos imprudentes hombres sobre los mal ganados despojos ó los favores de las beldades indias. Pero ni las disenciones hubieran sido peligrosas, conservando los preceptos de Colón, de no separarse de la fortaleza, ni olvidar la vigilancia militar. El orden desapareció para siempre. Un tal Jacome pereció en una violenta contienda; y Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo que intentaron alzarse con el mando, no habiendo alcanzado el objeto, abandonaron el fuerte con nueve de sus partidarios y muchas mujeres, y salieron del amistoso territorio de Guacanagarí, en busca de las minas de Cibao que, según maravillosas descripciones, eran abundantísimas en oro. Llegaron al interior de la isla, á la provincia de Maguana que regía el famoso Caonabo, llamado el *Señor de la Casa Dorada*. Este célebre cacique era caribe de nacimiento, estaba poseido de la fiereza y genio aventurero de su patria, y de simple soldado había ascendido al primer puesto por su valor y capacidad.

Caonabo, soberano por mucho tiempo mantenido como héroe de aquel mundo salvaje, había sabido, por asombrosas pinturas, el poder y proezas de los españoles. La partida de Colón le hizo esperar que la invasión fuese pasajera; pero las contiendas y excesos de los que quedaron movieron su odio y su confianza. Apenas llegaron á sus dominios Gutiérrez, Escobedo y los otros, creyó seguro el triunfo. Se apoderó de los fugitivos y les dió muerte inmediatamente. Juntó luego en secreto sus súbditos, concertó planes

con el cacique Marión y partió á la fortaleza de la Navidad. En el silencio de la noche Caonabo y sus guerreros se lanzaron con espantosos alaridos sobre los confiados españoles, se apoderaron del fuerte, lo destruyeron y rodearon é incendiaron las casas en que algunos blancos dormían. De los europeos, algunos huyeron al mar en que se ahogaron, y los demás fueron despedazados. Guacanagarí, que ocurrió á la defensa de sus huéspedes, fué herido en la acción por la mano de Caonabo, y su ciudad reducida á cenizas.

Pero estaba escrito el vencimiento de Caonabo como el de los demás caciques de la isla. Vuelve Colón á la Española en su segundo viaje. El asesinato de la guarnición extinguió sus esperanzas todas. Tenía que mandar á España la mayor parte de los buques, y ¿cómo iban á ir éstos sin las riquezas de que él había hablado? Volverían los buques sólo con una desastrosa historia? Debía justificar la magnificencia de sus descripciones; por lo tanto, había que tomar una determinación y un medio para conservar la fama de sus descubrimientos, antes que los bajeles partiesen. No conocía el interior de la isla; pero su ardiente fantasía alimentada con las lecturas de Marco Polo, la veía abundantísima en riquezas. Si era la de Cipango, del Asia, debía contener populosas ciudades en la región más cultivada, más allá de las elevadas montañas que la interceptaban. Los indios nombraban á Cibao como el lugar donde extraían el oro, y hasta el nombre Caonabo, que significaba *Señor de la Casa Dorada*, parecía indicar la riqueza de los dominios del bravo cacique. Resolvió, pues, en-

viar una expedición á explorar la isla, antes de la salida de los buques, y para esta empresa escogió al de ánimo más osado entre sus tenientes, á Alonso de Ojeda, hombre de fuerza y agilidad corporales extraordinarias.

Ojeda, mirando con placer expedición de tamaña magnitud, por el formidable carácter de Caonabo, salió del puerto á principios de enero 1494, acompañado de una pequeña fuerza de gente resuelta y bien armada, muchos de ellos jóvenes caballeros como él mismo, y penetró osadamente en el territorio del temido cacique, sin encontrar más obstáculos que los que le oponía la naturaleza del país; pues Caonabo, que estaría en algún lugar distante de sus dominios, no se presentó á disputarle el camino. Los naturales, todos en cueros, recibían con bondad á los españoles. No se hallaban ni remotas indicaciones de las ciudades que la imaginación había pintado, pero se vieron abundantes signos de natural riqueza. «En las arenas de las montañas relumbraban las partículas de oro que las separaban con destreza los indios, y se las daban á los españoles sin recompensa alguna. Se encontraron también grandes pedazos de oro virgen en los lechos de los torrentes, y piedras jaspeadas con ricas venas del mismo metal». Ojeda se encontró en uno de los arroyos un fragmento de oro en bruto de nueve onzas de peso. «Todas estas preciosidades se consideraban como meras barreduras superficiales del suelo, que indicaban los ocultos tesoros encerrados en las profundas grietas y fragosos senos de las montañas, y que la mano del trabajo sacaría á luz fácilmente.»

Ojeda y sus compañeros volvieron al puerto haciendo entusiastas descripciones de la dorada tierra, y Colón despachó nueve de sus buques á España con las muestras del oro que se había hallado en los ríos y montañas de Cibao, y de los frutos y plantas curiosas, y resolvió ir en persona á los territorios de Caonabo, como en efecto lo hizo, saliendo en orden de batalla de Isabela, ciudad que había fundado, la primera española en el Nuevo Mundo, el 12 de marzo de aquel mismo año, «á la cabeza de cuatrocientos hombres bien armados y equipados, con relumbrantes yelmos y coseletes, con arcabuces, lanzas, espadas y arcos, seguidos de una multitud de indios vecinos, con banderas desplegadas y al son de tambores y trompetas.»

Entraron al fin en Cibao, la famosa región del oro. Allí la naturaleza presentaba la miseria exterior de los avaros, como si se complaciera en contradicciones, pues en lugar de la voluptuosa perspectiva del país de la Vega, «sólo contenía sierras de empinadas estériles montañas, apenas vestidas de lúgubres y solitarios pinos.» Hasta el nombre de la región indicaba la naturaleza del suelo, pues en lengua india de aquellas calendas, Cibao significa *una piedra*. Lo que sirvió de consuelo á los españoles fué observar las partículas de oro que relucían entre las arenas de las corrientes, que aunque en pequeñas cantidades, se miraban como anuncios de lo que en sí encerraban las montañas.

Colón abandonó la idea de penetrar en el país; pero en él á dieciocho leguas de Isabela, y

en una agradable eminencia, casi rodeada del río Janique, mandó erigir una fortificación de madera, capaz de resistir cualquier ataque de los indios. Al fuerte le dió el nombre de Santo Tomás, en reprobación de la incredulidad de un tal Fermín Cado y otros escépticos que obstinadamente rehusaban creer que la isla produjese oro, hasta verlo y tocarlo. Colón volvió á Isabela sin haber encontrado la menor señal de oposición de parte de Caonabo. Pronto estaría el cacique de Maguana asediando ese fuerte.

El más formidable enemigo de los españoles era Caonabo, el de la hazaña de la Navidad. Dotado de natural talento para la guerra, y de una inteligencia superior á la que caracteriza la vida salvaje, tenía para acometer atrevidas empresas un ánimo incansable y audaz, el apoyo de tres valientes hermanos y la ciega obediencia de sus súbditos. Veía con repugnancia la permanencia de los españoles en la isla, y el fuerte de Santo Tomás, levantado en sus dominios, le indignó á tal extremo, que se lanzó á la guerra. Mientras el ejército español estaba en la Vega, se abstuvo de llegar á las manos con sus enemigos; pero cuando se dispersaron éstos, le pareció oportuno tiempo de dar una segunda edición de la Navidad. El sagaz cacique, empero, tenía que habérselas con Alonso de Ojeda, guerrero que conocía toda clase de estratagemas, emboscadas, ataques falsos y asaltos de los indios.

Caonabo, después de haber reconocido el fuerte, reunió diez mil guerreros, armados de clavas, arcos, flechas y lanzas templadas al fuego,

se abrió silenciosamente camino por los bosques y se apareció á deshora por aquellos contornos, esperando, como en la Navidad, sorprender descuidada la guarnición; pero viendo que las fuerzas de Ojeda estaban bien formadas dentro de la torre, construida en una eminencia casi aislada, con un río que defendía la mayor parte del circuito, y cercada de un profundo foso, comprendió que era inaccesible á los ataques de sus hombres desnudos; y burlado en sus intentos, esperó tomarla por hambre. «Al efecto, desplegó su ejército por los bosques adyacentes y ocupó todos los desfiladeros, con el objeto de interceptar las provisiones que pudiesen traer los indios, y acometer las partidas que saliesen del fuerte.» Durante este sitio ó bloqueo, que duró treinta días, la guarnición se vió tan reducida á la mayor estrechez, que un día que pudo un indio llegar al fuerte con un par de palomas para Ojeda, observando éste que sus oficiales miraban á las aves con avidez, las soltó por la ventana de la torre, diciendo: «Es lástima que no haya aquí bastante para darnos á todos una comida; en cuanto á mí, no consentiré en regalarme mientras los demás tienen hambre.»

Ojeda burló todas las artes del cacique é hizo desesperadas salidas en que siempre salió ileso de entre espesas lluvias de flechas y saetas. Por fin Caonabo, viendo perecer la flor de sus intrépidos guerreros, y que sus fuerzas se disminuían diariamente, se retiró á la parte central y montañosa de la isla, que era de difícil acceso por sus rocas, selvas y caudalosos ríos, no abatido

con el mal éxito de la empresa, sino más bien meditando vastos y decisivos planes. Concibió el proyecto de formar una liga general entre los caciques, de reunir sus fuerzas y de acabar de una vez con los españoles donde quiera que los hallase.

Había entonces en la isla cinco caciques soberanos, de absoluto y hereditario poder, de quienes dependían numerosos caciques inferiores y tributarios, y eran: Guarionex, el de la Vega Real, territorio así llamado por los españoles, «país rico y delicioso, cultivado según el imperfecto modo de los naturales, cubierto en parte de verdes selvas, esmaltado de ciudades indias y regado por numerosos ríos que precipitándose casi todos por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas.» Guarionex era de antiquísimo abolengo. El segundo cacique, Guacanagarí, el fiel amigo de Colón, gobernaba el estado de Marién, en cuyas costas naufragó el Almirante en el primer viaje. En Marién, que se extendía en un fértil territorio á lo largo de la costa Norte, desde el cabo de San Nicolás hasta la extremidad occidental de la isla, limitado por el caudaloso río Monte-Christi, Yagui entre los indios, estaba incluida la parte Norte de la Vega, después llanura del cabo Francés. Era el tercero Caonabo, el cacique de Maguana, el más feroz y poderoso de los caudillos salvajes, el más encarnizado enemigo de los blancos y el más inteligente de todos. Las minas de oro de Cibao le pertenecían. Behechio se llamaba el cuarto, que regía el país de Jaragua, el

más poblado y el de mayor extensión. «Comprendía la costa Occidental, incluso el promontorio del cabo Tiburón, y se extendía considerablemente por la costa Sur de la isla. Los habitantes tenían un físico interesante, un continente más noble, una habla más agradable y un trato más ameno y apacible que los naturales de otras partes de la isla». Su hermana Anacaona, la infortunada india, célebre por su belleza, de quien hablaremos en su lugar, era la esposa favorita de Caonabo. El quinto, Cotabanamá, gobernaba el territorio de Higuey que ocupaba toda la parte Occidental de la isla, y acababa por el Norte en el río Yagui y por el Sur en el río Ozema. Los habitantes de Higuey eran los más activos y marciales, y decíase de ellos que usaban armas envenenadas.

Guarionex, Behechio y Cotabanamá se manifestaron inclinados á cooperar á los planes de Caonabo; pero la liga encontró oposición en Guacanagarí, quien, como amigo del Almirante, informó á éste de los peligros que amenazaban á los españoles, y permaneció tranquilo en sus dominios, por lo que se acarreó el odio de los demás caciques, particularmente de Caonabo y su cuñado Behechio que le invadieron su territorio. El hermano de Anacaona mató á una de las mujeres del soberano de Marién, y Caonabo le llevó á otra cautiva. Nada, empero, pudo entibiar la fe de Guacanagarí para con los españoles, y como sus dominios estaban inmediatos á la colonia, su falta de cooperación fué una rémora á los confederados.

La idea de Caonabo tenía abrumado á Colón. Combatir á aquel astuto y feroz caudillo entre sus salvajes, era empresa de dudoso éxito. De su perplejidad le sacó una osada proposición de Alonso de Ojeda, quien se ofreció á apoderarse del cacique por medio de un ardid, y entregárselo vivo. El proyecto tan audaz como novelesco era propio del impávido ánimo de ese guerrero que se creía invulnerable porque llevaba siempre consigo, a manera de talismán religioso, una estampa de la Virgen, regalo del obispo don Juan Rodríguez de Fonseca. Aceptado el pensamiento, Ojeda escogió diez valientes y fuertes compañeros, bien armados y montados; é invocando, como de costumbre, la protección de su patrona, la Virgen, se lanzó á los bosques hasta llegar á una de las más populosas ciudades de Caonabo, en donde encontró al cacique. Acercósele con mucho respeto y deferencia, tratándole como á príncipe soberano, que lo merecía. Le dijo que le llevaba un regalo de Guamiquina el Almirante, jefe de los españoles.

Caonabo, que había visto á Ojeda en los combates, y sido testigo de sus proezas, había concebido hacia él la admiración de un guerrero. Le recibió, pues, con caballerosa cortesía. «El franco continente, la mucha fuerza y agilidad de Ojeda en todos los ejercicios varoniles y en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para cautivar el ánimo de un salvaje, y pronto le granjearon las simpatías de Caonabo.»

Ojeda persuadió al cacique á hacer un viaje á Isabela, con el fin de tratar con Colón y hacer-

se aliado de los españoles. Dícese que para atraerle le ofreció la campana de la capilla de Isabela, que era la admiración de la isla. Caonabo no resistió la tentación al ofrecérsele como símbolo de paz aquel instrumento que había oído durante sus expediciones secretas al rededor de la ciudad, y quiso verla. Convino, pues, en ir á Isabela; mas cuando Ojeda vió con sorpresa que una multitud de guerreros acompañaría á Caonabo, le preguntó por qué se llevaba un ejército para una amistosa visita. El altanero cacique le contestó: «No es propio de un príncipe tan grande como yo el ir á parte alguna con escasa comitiva.»

No satisfaciéndole á Ojeda esta contestación, pues conocía el carácter belicoso y astuto de Caonabo, y temiendo algún designio siniestro y que el indio meditase sorprender la fortaleza, se valió, para apresarle, de una estratagema que parece fábula, pero que con triviales variaciones—dice Irving — la recuerdan todos los historiadores. Tiene la palabra el ilustre autor americano:

«En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del río Jegua, sacando Ojeda un juego de esposas de acero tan perfectamente bruñidas que parecían de plata, dijo á Caonabo que eran ornamentos regios del *turey* (1) de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes y otras grandes ceremo-

(1)—TUREY, cielo.

nias, y estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo à bañarse con él al río, para decorarle en seguida con aquellos adornos, montar en el caballo de Ojeda y volver con la pompa del rey de Espña á sorprender y admirar á sus súbditos. El cacique, que á fuer de salvaje se entusiasmaba delante de los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquéllos, y á más halagado su orgulloso espíritu militar con la idea de cabalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó á Ojeda y su gente al río, llevando pocos indios consigo, pues nada podía temer de nueve ó diez extranjeros rodeados de todo su ejército. Después que se hubo bañado, le ayudaron á subir detrás de Ojeda á las ancas de su caballo, y le pusieron las esposas. Después de esta operación, salieron galopando por entre los salvajes que vieron admirados con tan resplandecientes galas al cacique, y montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó á penetrar por la floresta en uno de los llanos; y cuando le ocultaban bien los árboles, se agruparon al rededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas y amenazaron á Caonabo con la muerte si hacía

la menor resistencia ó el menor ruido, aunque las esposas le impedían moverse ó resistir. Le asieron del mismo Ojeda con cuerdas para que no se cayese, ó pudiese evadirse de cualquier otro modo; y aguijando á los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, y se internaron en los bosques.»

«Tenían que atravesar para llegar á Isabela cincuenta ó sesenta leguas de desiertos, y algunas ciudades indias. Ya estaba el prisionero imposibilitado por la distancia de recibir socorro de los suyos, pero se requería la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo y trabajoso viaje, y para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenían que huir de los lugares más populosos, y que pasar á galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre y sueño, allanaron grandes dificultades, arrostraron inminentes peligros, atravesaron á nado muchos ríos, lucharon con los obstáculos de espesas selvas y encumbradas rocas, pero llevaron felizmente á cabo su empresa, y entró Ojeda triunfante en la colonia con el guerrero indio cautivo y atado al rededor de su cuerpo.»

«Caonabo se presentó á Colón con orgullo, rehusando atraerse con la sumisión el agrado del Almirante y detener la venganza que le esperaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamás se dobló en el cautiverio su alma de hierro; aunque completamente à la merced de los españoles, manifestó siempre aquella sangre fría provocativa que caracteriza el heroísmo indio, y que lo mantiene el salvaje delante de sus opresores en un potro ó en un lecho de fuego. Blasonaba de haber sorprendido y quemado el fuerte

de la Navidad, y dado á su guarnición la muerte; añadiendo que su reconocimiento al rededor de Isabela tenía por objeto descargar sobre ella la misma furia desoladora.»

Colón se sorprendió del heroísmo de Caonabo; pero considerándole un enemigo peligroso á quien por el bien de la conquista era necesario poner a buen recaudo, determinó enviarle á España. Por la poca seguridad de la cárcel le encadenó, probablemente con las bruñidas esposas que habían servido admirablemente para el lazo, y mandó que se le tratase con bondad y respeto en un cuarto de la casa principal que era la del Almirante.

Caonabo no manifestó nunca el menor resentimiento á Ojeda por la estratagema de que éste se valió para prenderle; al contrario, esta circunstancia aumentaba su admiración, calificando de ingeniosa la hazaña de haberle encadenado y arrancado de en medio de sus huestes; pero delante de Colón se mantuvo siempre altivo. Cuando el Almirante, que se conducía con mucha dignidad como virey, entraba en la sala en que estaba preso Caonabo, todos los circunstantes, según costumbre, se levantaban en señal de reverencia, menos el cacique, que quedaba inmóvil; pero cuando entraba Ojeda, se levantaba inmediatamente y le saludaba con mucha reverencia. Preguntándole la razón de esto, le dijeron: «Colón Guamiquina es el gran jefe de todos, y Ojeda uno de sus subalternos.» El orgulloso indio contestó: «Jamás el Almirante ha osado sacarme personalmente de mi casa; sólo por el valor

de Ojeda soy prisionero, por lo que a éste y no a Guamiquina debo acatar humildemente.»

La captura de Caonabo fué muy sentida por sus súbditos. Uno de sus hermanos, guerrero animoso y astuto, levantó un ejército de más de siete mil hombres, y lo llevó á las cercanías de Santo Tomás, donde de nuevo mandaba Ojeda; pero annque mostró alguna pericia militar, dividiendo su ejército en cinco columnas, fué fácilmente derrotado. Muchos perecieron en la fuga y los más fueron hechos prisioneros, contándose entre éstos el fiel hermano que peleó como un héroe por una noble, aunque desesperada causa.

* * *

El 11 de junio de 1496 llegó Colón á Cádiz, después de un penoso viaje de ocho meses, durante el cual murió el desgraciado Caonabo. El caribe conservó hasta lo último su altivo carácter, pues se atribuye su muerte á la profunda melancolía que se apoderó de él, al verse caído y humillado. «Fué hombre extraordinario en la vida salvaje. De simple guerrero caribe, se había elevado por sus empresas y valor, á la categoría de primer cacique de la populosa isla de Haití. Fué el único caudillo que manifestó la suficiente sagacidad para prever los efectos fatales de la ascendencia española, y que desplegó talento militar para con sus combinaciones resistir sus ataques. Si sus guerreros hubiesen tenido su intrepidez, la guerra hubiera sido formidable. Aunque en pequeña escala, sus vicisitudes son una lección importante.»

«Cuando los españoles llegaron por primera vez á la costa de Haití, sus imaginaciones se inflamaron al oir hablar de la magnificencia de un príncipe del interior, el Señor de la casa de oro, el soberano de las minas de Cibao, que con espléndida suntuosidad reinaba en sus montañas; al poco tiempo aquel príncipe se vió desnudo y abatido, prisionero á bordo de una de las carabelas, sin más persona que compadeciese sus infortunios, que una de sus salvajes heroínas. Toda su importancia se desvaneció con su prisión: apenas se habla de él durante su cautiverio; y aunque adornado de las más elevadas cualidades, pereció aherrojado y oscuramente, como el hombre más miserable.»

Así concluyó la vida del genio marcial de Haití, el primer cacique de la isla, el grande Caonabo.

EL PRIMER INDIO EN EL CIELO.

Colón acababa de volver de su primer viaje al Nuevo Mundo (marzo de 1493). La alegría del más grande de los descubrimientos no se reducía á España, pues las nuevas se extendían al resto de Europa por medio de las embajadas, por la correspondencia de los sabios, especialmente Pedro Mártir, y por la voz entusiasta de los comerciantes y los viajeros. *Decisme, amable Pomponio*, escribía Mártir á uno de sus amigos, *que brincasteis de alegría, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leísteis mis epístolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de las antípodas.*

Colón, elevado á la compañía de los príncipes, estaba en su Domingo de Ramos: Fernando é Isabel le habían hecho un recibimiento regio: los magnates, más por adular á los soberanos que por el reconocimiento pleno de la gloria del descubridor, competían unos con otros en mostrar su admiración al oscuro extranjero que había sido la mofa y la burla en la misma corte que le considerara antes como maniático; y los grandes se arrogaban el mérito de haberle favorecido, cuando, como dice un historiador, con la décima parte de ese jactancioso patrocinio que se le hubiese dado, no habría tenido que pasar tantos años en pretensiones para conseguir tres carabelas. Co-

lón había triunfado para que le sacrificasen después.

Como se ignoraba la verdadera importancia del descubrimiento, á pesar de que se decía de él *que era una cosa antes divina que humana*, el objeto ostensible de la empresa era la conversión de los infieles. A Colón mismo su ardiente fe le había prestado las más potentes alas para lanzarse al maravilloso hecho. Por eso el Almirante había traído á Barcelona, donde le recibieron los reyes católicos, seis indios de las islas que acababa de descubrir, para ofrecer al cielo las primicias de las naciones paganas del Nuevo Mundo. Los indios fueron bautizados solemnemente, sirviéndoles de padrinos el rey, la reina y el príncipe heredero don Juan.

Los nuevos cristianos debían volver á su patria á difundir la luz del Crucificado con su ascendiente é influencia. Uno de ellos, á deseos del príncipe, se quedó en su comitiva, pero murió al poco tiempo. Este indio fué el primero que entró en los cielos, si hemos de creer piadosamente que fuera de la iglesia no hay salvación. Así lo observa otro historiador.

PERROS CONQUISTADORES.

Para aumentar sus fuerzas en la conquista, casi siempre escasas, los españoles llevaban consigo algunos perros, aliados tan poderosos en cualquier encuentro con los naturales, que éstos los temían más que á la espada de sus implacables enemigos: terror pánico causaban los perros á los indios. Los españoles los empleaban también en las ejecuciones de los caciques y sus súbditos. Maniatadas las víctimas, ó con un palo en la mano para defenderse, los perros se arrojaban sobre ellas y las devoraban.

De dos de estos animales hacen especialísima mención los historiadores hispanos, de dos perros pertenecientes á dos grandes descubridores: *Leoncico*, de Vasco Núñez de Balboa, y *Becerrillo*, de Juan Ponce de León.

Era *Leoncico* un alano (alano, mezcla del dogo y la mastina), el constante compañero y como una especie de guardia de la persona del descubridor del Océano Pacífico, y *Becerrillo*, otro tanto respecto del descubridor de la Florida. *Leoncico*, de mediana corpulencia, pero suficientemente fuerte, tenía su cuerpo todo marcado por las cicatrices de las innumerables heridas que había recibido en las batallas contra los indios.

Vasco Núñez lo prestaba algunas veces á sus compañeros, y recibía por sus servicios la

misma parte de botín destinado á un soldado, y así ganó con él más de mil duros en el curso de sus campañas. Según el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, llamado comunmente Oviedo, *Leoncico* infundía tal pavor á los indios, que su presencia bastaba para hacerlos huir precipitadamente. Vasco Núñez de Balboa y *Leoncico* fueron los primeros europeos que desde la cumbre de una montaña contemplaron el Mar del Sur (26 de septiembre de 1513).

Padre de *Leoncico* era *Becerrillo*, el perro favorito de Juan Ponce de León, el cual perro dejó numerosa descendencia y fama póstuma, y cuyos méritos y proezas fueron por mucho tiempo el tema principal de los colonos españoles. *Becerrillo* era tan considerado por sus altos servicios, que su dueño recibía por él la paga, ración y parte en el botín asignados á los arqueros, quienes cobraban mayor estipendio.

Becerrillo pereció herido por una flecha envenenada, mientras perseguía dentro del mar á un indio caribe. Se parecía en la pinta á *Leoncico* y le igualaba en valor.

GUACANAGARI.

La historia de la conquista de América presenta infinidad de ejemplos magnánimos y generosos de parte de los caciques, muy superiores á los más altos de los españoles, porque, como dice un ilustre historiador, «los hombres de la vida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus más claras acciones no pueden rivalizar con los hechos del salvaje que obra sólo á impulsos de sus naturales inclinaciones.»

Colón, en su primer viaje, había naufragado con su carabela almirante cerca de un puerto del cacique Guacanagarí (24 de diciembre de 1492), quien tenía su residencia en una ciudad situada en la que hoy se llama Punta Honorata (Haití), cuando iba á visitar á ese príncipe indio; y habiéndose refugiado en otra carabela, despachó á Diego de Arana, primer juez de la escuadra, y á Pedro Gutiérrez, despensero del rey, á la capital de Guacanagarí, que estaba legua y media del lugar del naufragio, para que informase al cacique de la propuesta visita y de la desgracia. Guacanagarí, al saber lo que le había sucedido á su huésped, manifestó la mayor aflicción y hasta derramó lágrimas, y sin vacilar un instante, envió sus gentes con canoas de todo tamaño para que le socorriesen. Personalmente el cacique y sus hermanos hicieron cuanto les fué dado por

mar y tierra; y tan activa fué la ayuda de los indios, que en poco tiempo se salvó la mayor parte de los efectos que llevaba la almirante, que fueron custodiados con inviolable fidelidad por una tropa armada indígena.

Con frecuencia Guacanagarí le pedía á Colón que no se dejase dominar por el dolor y que dispusiese como suyo de cuanto él poseía. Jamás en país alguno civilizado, dice el mismo historiador, se ejercieron los ritos de la hospitalidad más escrupulosamente que los observó aquel cacique.

El 26 de diciembre Guacanagarí vino á bordo de la Niña, y observando que el Almirante estaba muy abatido, se conmovió tanto el corazón del generoso cacique, que comenzó á derramar lágrimas. El jefe indio le ofreció á Colón todos sus bienes si ellos podían proporcionar ayuda y consuelo. Mientras conversaban, vino una canoa de otra parte de la isla, ofreciendo piezas de oro en cambio de cascabeles. Los naturales, como eran muy amigos del baile que ejecutaban á la cadencia de ciertos cantares, acompañados por una especie de tambor, hecho del tronco de algún arbol, nada tenían en más estima que esos juguetes. No había cosa que arrebatase más á los indios, que oir el sonido de los cascabeles, cuando ellos, con éstos al cuerpo, se movían al compás del baile. Sabiendo Guacanagarí la vehemencia con que el Almirante deseaba adquirir oro, hablole de un sitio en las montañas, donde abundaba tanto, que apenas tenía ningún valor, y le prometió buscarlo en grandes cantidades para satisfacer su deseo. El lugar á que aludía el cacique era Cibao, nombre que Colón confundía con Cipango.

Guacanagarí comió á bordo de la carabela con el Almirante, y después le convidó á visitar su residencia. Había preparado en ella comida tan selecta y abundante como podía prometerse de sus sencillas costumbres, compuesta de conejos, peces y varias frutas de la isla. El generoso Guacanagarí hizo cuanto estuvo en su mano para honrar y distraer á su huésped, mostrando una grandeza y una delicadeza que era imposible haber esperado de un salvaje. Su dignidad que era innata y el refinamiento de sus modales sorprendieron a los españoles. Decoroso en su modo de comer, lento y moderado, lavávase las manos al acabar, y después se las frotaba con yerbas odoríferas. Con sus súbditos, que le servían con mucha deferencia, se conducía con afable, pero regio y alto porte. Toda su conducta revelaba las gracias y dignidad innatas de un elevado linaje.

La soberanía en el estado de Marién, que era el que gobernaba Guacanagarí, era hereditaria, y la costumbre que al respecto tenían aquellos isleños justifica el refrán de la abuela, que reza: *hijo de mi hija, mi nieto es; hijo de mi hijo, no sé si será.* Al morir un cacique sin hijos, el poder pasaba á los de su hermana, prefiriéndolos á los de su hermano, pues aquéllos serían más racionalmente de su sangre, porque los indios decían que el que se tenía por hijo de un hermano, podía, por acaso, no tener consanguinidad con el tío; pero que los de su hermana eran forzosamente hijos de su madre. La forma del gobierno era despótica; los caciques, tenían absoluto señorío sobre las vidas, haciendas y aun la religión; pero como había pocas leyes y los sobe-

ranos gobernaban según su juicio y voluntad, casi siempre buenos, aquel gobierno era dulce, á pesar de su despotismo, y los súbditos prestaban gustosa é implícita obediencia.

Acabada la comida, Guacanagarí condujo al Almirante á las bellas arboledas que circuían su morada. Le acompañaban más de mil indios de ambos sexos, completamente desnudos, tanto los indios como los sexos por supuesto. El cacique trató de ahuyentar allí la tristeza de su huésped con los juegos y danzas nacionales.

Colón correspondió al entretenimiento de los indios con un espectáculo propio para inspirar idea formidable del poder militar de los españoles. Un castellano que había servido en las guerras de Granada y era diestro flechero, hizo prodigios con un arco morisco delante de Guacanagarí. El Almirante le ofreció la protección de los monarcas españoles al cacique, cuando éste le habló de que los caribes, que también se armaban de arcos y flechas, le acometían con frecuencia sus dominios y le arrebataban sus súbditos; y en prueba del ofrecimiento mandó descargar un arcabuz y una lombarda. Los indios cayeron en tierra al estrépito y al fuego, como si un rayo los hubiese herido, y se llenaron de terror pánico ante el efecto de las balas; mas al oir de los españoles que los defenderían con aquellas armas, en caso de invasión, el terror se cambió en alegría. ¡Infelices! Ignoraban que los huéspedes se tornarían fieros conquistadores!

Guacanagarí presentó á Colón muchas de sus joyas nacionales: «una máscara entallada en madera, con los ojos, orejas y facciones de oro,

le colgó láminas del mismo metal al rededor del cuello, y le puso una especie de diadema dorada en la cabeza. También manifestó la munificencia natural de su carácter, dispensando varios dones á los que iban en la comitiva del Almirante; y se condujo, en fin, de modo en su estado salvaje, que hubiera hecho honor á un magnánimo príncipe de una nación civilizada.»

Guacanagarí fué siempre fiel á la amistad de los descubridores, sobre todo á la del Almirante. Cuando Caonabo trató de formar una liga general de los caciques contra los blancos, Guacanagarí, no sólo se negó á entrar en ella, sino que le dió aviso del peligro á Colón, y permaneció tranquilo en sus dominios, manteniendo á sus expensas cien españoles enfermos, cuyas necesidades satisfacía con su acostumbrada generosidad. Por esto se acarreó el odio de los caciques, Caonabo y Behechio le invadieron su territorio, el de Jaragua le mató á una de sus mujeres y el de la *Casa Dorada* le llevó cautiva á otra. I más antes, cuando Caonabo asaltó la fortaleza de la Navidad, Guacanagarí ocurrió á la defensa de los españoles. Entonces el de Maguana le hirió y le redujo á cenizas su capital.

* * *

Algún tiempo después, cuando la Vega Real estaba sujeta, y Caonabo prisionero, y Guarionex, Mayobanex y Cotabanamá habían sucumbido; cuando Manicaotex, hermano del héroe de Maguana, se había visto obligado á solicitar la paz; y cuando sólo Behechio, el cacique de

Jaragua, rehusando someterse, se había retirado con Anacaona á sus dominios que estaban distantes, de Isabela, en el extremo occidental de la isla en lugares casi inaccesibles que los blancos no habían visitado; entonces los súbditos de Guacanagarí sufrieron también el yugo de los conquistadores. ¡Ah! Éstos eran muy distintos de los huéspedes! Los dominios de Guacanagarí, como los de los demás caciques, quedaron sujetos al irrirante tributo y á los odiosos repartimientos. I Guacanagarí, el soberano de más bella alma de la isla, cargado del oprobio de sus compatriotas y asediado por los clamores de sus súbditos, no pudiendo sobrellevar el odio general, ni la sextorsiones de sus ingratos aliados, huyó al cabo á las montañas, donde murió sumergido en la oscuridad. Colón, que hubiera podido protegerle, estuvo ausente mucho iiempo, ya en el interior de la isla, ya en España sufriendo las injusticias de otros ingratos...

MAYOBANEX.

La magnanimidad y generosidad de Mayobanex, cacique de las montañas de Ciguay (Haití), fueron de carácter distinto del de esas mismas cualidades que adornaban á Guacanagarí.

Guarionex, cacique de la Vega, también de Haití, se había insurreccionado segunda vez por las instigaciones del rebelde Francisco Roldan (1498). Todos sus caciques tributarios debían levantarse simultàneamente contra los españoles que estaban acuartelados en pequeñas patidas, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendería y asaltaría la fortaleza de la Concepción. El momento señalado era la noche de la luna llena; pero uno de los principales caciques, mal observador de los cuerpos celestes, se levantó antes de la fecha convenida, y los españoles le repelieron. Fracasado el plan, Guarionex no esperó en su tierra al Adelatado don Bernabé Colón, que salió para la Vega con fuerzas numerosas; y abandonando sus bellos territorios, después de darle muerte al cacique que echó á perder la conspiración, huyó con su familia y una pequeña partida de fieles súbditos á las montañas de Ciguay, donde reinaba Mayobanex, el mismo jefe indio que cinco años antes, lleno de intrépida fe, había entrado á bordo de una carabela del Almirante, al día siguiente de la escaramusa que sus hom-

bres del golfo de Samaná tuvieron con los españoles. Allí, en Samaná, se derramó por la vez primera la sangre de los indígenas por los blancos del Nuevo Mundo!

El fugitivo príncipe de la Vega pidió refugio y hospitalidad á Mayobanex. Pero es mejor que copiemos de la fuente en que nos inspiramos para escribir este trabajo.

«Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del cabo Cabrón, á diez leguas al occidente de Isabela, é imploró amparo para su mujer, sus hijos y una corta comitiva. El generoso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No sólo dió asilo á su familia, sino que le ofreció protegerle en su infortunio, defender su causa y participar de su desesperada suerte. I Mayobanex lo cumplió. El Adelantado le envió uno de los varios prisioneros que tenía, acompañado de otro indio de cierta tribu amiga, pidiéndole la entrega del caudillo de la Vega, y prometiéndole su amistad si así lo hacía; pero amenazándole con la guerra si se negaba á ello. *Dí á los españoles, contestó Mayobanex, que son malos, crueles y tiranos, usurpadores de los territorios de otros, y derramadores de sangre inocente. Yo no deseo su amistad; Guarionex es bueno, es mi amigo y mi huésped, y se ha refugiado en mi casa; le he prometido protegerle y no faltaré á mi palabra.*»

Ante este reto, el Adelantado, obrando como riguroso soldado, mandó pegar fuego á la ciudad en que estaba y á otras de las cercanías, y luego envió otros mensajeros á Mayobanex, advirtiéndole que si no entregaba al cacique fugitivo, pronto

no vería más que el humo y las llamas de sus abrasadas poblaciones. Volvamos a copiar.

«Los malhadados ciguayos, viendo la destrucción que los amenazaba, maldecían la hora en que se refugió Guarionex entre ellos. Rodearon á su caudillo dando lastimeros gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fugitivo. Pero el generoso cacique se conservó inflexible. Les recordó las virtudes de Guarionex y los derechos sagrados que tenía á su hospitalidad; y declaró que estaba resuelto á sufrir todos los reveses, antes que dar margen á que se dijese: «*Mayobanex vendió a su huésped*».

Mayobanex ni siquiera dió respuesta al Adelantado, y más bien le confirmó á Guarionex su palabra de protegerle, aun á costa de sus dominios, y para que otros mensajeros no corrompiesen la fidelidad de los ciguayos, colocó indios emboscados con orden de dar muerte á cuantos enviados se acercasen. Estas crueles órdenes se cumplieron.

Mayobanex sucumbió al fin: los españoles lograron hacerle prisionero. A Guarionex le cupo igual suerte.

LA CREACION.

El Atlántico.

Todo pueblo salvaje ha dado á su tierra prioridad de existencia sobre las otras; así, por ejemplo, los naturales de Haití creían que el sol y la luna habían salido de una caverna de esa isla para alumbrar al mundo. Existe aún la caverna, á siete ú ocho leguas del cabo Francois; es estrecha y tiene ciento cincuenta pies de largo y casi la misma altura. Decían que el sol y la luna, para ir á tomar su lugar en los cielos, habían hecho la salida por un agujero redondo del techo. La bóveda parece más bien obra de arte que no de la naturaleza, según lo regular y proporcionada que es. Esta caverna era tenida en grande veneración.

Los haitianos creían también que el género humano había salido de otra caverna de la misma isla, los hombres corpulentos por una abertura y los pequeños por un agujerillo. Al cabo de mucho tiempo de vivir sin hembras, vagando una vez cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los árboles, que resultaron ser mujeres, las que se escurrían como pan de jabón (aunque este pan entonces no se conocía allí), al querer cogerlas, de modo que no fué posible retener ninguna. Por fin, valiéndose de una treta, consiguieron asegurar cuatro de aquellas hembras resbaladizas como anguilas, ó como pan de jabón, ya que

se escurrían como éste. Con esas cuatro ninfas se pobló el mundo. Los haitianos tenían, pues, idea de la creación, aunque vaga é indecisa.

La tradicción del diluvio universal que tenían los mismos indios era tan fantástica como las precedentes; por medio de una causa pueril y familiar se lo explicaban. Decían que un poderoso cacique de la isla mató á su hijo único por haber conspirado contra él. Este cacique era digno de haber nacido en Roma, donde el primer Bruto condenó á muerte á su hijo por conspirador. Pues el tal bruto (con b minúscula, ya que no era romano) conservó los huesos de su hijo en una calabaza; y un día que él y su mujer quisieron contemplarlos, vieron sorprendidos salir de ella muchos peces de diferentes tamaños.

—¡Tengo la mar encerrada y puedo comer pescado cuando quiera!—se vanaglorió el cacique, cerrando en el instante la calabaza.

Cuatro hermanos mellizos y curiosos vieron un día la calabaza que encerraba al mar, según el cacique, y trataron de abrirla, pero al cogerla se les cayó al suelo y se hizo pedazos. Se formó el Océano: salió de ella un poderosísimo torrente, con delfines, tiburones, ballenas y la mar de peces; y el agua se extendió anegando la tierra hasta formar el Océano, dejando solamente las cumbres de las montañas, que son las islas.

EL JUICIO DE BOBADILLA.

He aquí cómo fué juzgado, y por qué tribunal, el infame español don Francisco de Bobadilla, oficial de la casa real y comendador de una de las órdenes militares, el hombre pobre de nobleza, violento y ambicioso que ultrajó a Cristóbal Colón enviándolo preso y encadenado á España.

Don Nicolás de Ovando había llegado á la Española (Haití) á reponer á Bobadilla en el mando. Colón, en su cuarto y último viaje, porque el principal de sus bajeles navegaba malísimamente, y más bien servía de rémora al resto de la escuadra, se presentó en el puerto de Santo Domingo, á pesar de ser esto contrario á su plan primitivo, pues había pensado ir á Jamaica y de allí al continente á explorar sus costas y buscar el supuesto estrecho que le llevaría al otro mar que era el que después descubrió Vasco Núñez de Balboa; y como era también contrario á las órdenes de los soberanos; pero Ovando le negó la entrada en el puerto, con lo que le expuso inhumanamente á una tempestad.

La flota que había traído Ovando estaba a la sazón lista para zarpar con Bobadilla, con el ingrato Francisco Roldán á quien Colón había sacado de la oscuridad, y con otros delincuentes de la conspiración de 1497 contra el Almirante. Iríanse también los ociosos y libertinos de la isla.

Los buques de Colón llegaron al puerto el 29 de junio de 1502, en momentos en que la escuadra de Ovando estaba pronta para darse á la vela. Colón despachó á tierra a Pedro de Terreros, capitán de una de las carabelas, para que visitase á Ovando y le explicase el motivo de su venida que no era otra sino procurarse un bajel, y le pidiese permiso para recogerse con su escuadra en el puerto, temiendo una próxima tormenta. Ovando se negó á esta petición. ¡A Colón se le excluía de la isla que él mismo había descubierto!

Colón, oyendo la poca lisonjera respuesta de Ovando, y viendo que éste se lo negaba todo, trató nada más que de evitar el peligro de la flota que se iba á hacer á la vela. Terreros volvió á tierra á suplicar al gobernador que no permitiese la salida de los buques, asegurándole de parte del Almirante que había señales indudables de una terrible tempestad. Ovando tampoco hizo caso de este otro mensaje, porque á ojos menos experimentados que los de Colón el tiempo parecía sereno y tranquilo. Los pilotos de la escuadra en que Bobadilla, Roldán y demás iban á partir persuadieron á Ovando de que no los detuviese, y con los marineros se burlaron de las predicciones del Almirante, rediculizándole como falso profeta. ¡Era que empezaba el juicio de Bobadilla ante el tribunal de la naturaleza! Colón, indignado, se retiró, y manteniendo su débil escuadra cerca de la costa, buscó anclaje. Entre tanto la flota de Bobadilla salió confiadamente de Santo Domingo. Al segundo día se cumplió la predicción del Almirante: la flota había llegado apenas al extremo oriental de la isla, cuando la tempestad la

destruyó, y el bajel en que iban Bobadilla, Roldán y muchos de los más enconados enemigos de Colón, aunque era el mejor, fué el primero que pereció con toda su gente, sumergiéndose también una célebre masa de oro virgen que pesaba tres mil seiscientos castellanos, que Bobadilla le llevaba de regalo al rey, y la mayor parte del acumulado tesoro que habían producido las iniquidades de los conquistadores. Otros buques más se perdieron y algunos volvieron muy averiados al puerto; sólo se salvó y continuó el viaje á España el más débil de todos, el que llevaba á bordo cuatro mil piezas de oro de la propiedad del Almirante. Pereció también Guarionex, el desventurado cacique de la Vega, que iba prisionero y encadenado á España; pues como sucede casi siempre, el mal hirió á la vez al culpable y al inocente.

Bobadilla estaba juzgado. ¡Tremendo juicio en que la naturaleza fué tribunal y ejecutor al mismo tiempo!

LOS APUROS DE UN FRAILE.

En 1512, un tal Valdivia, regidor de Darién, asaltado por un furioso huracán en el viaje que de orden de Vasco Núñez de Balboa hacía á la Española en busca de víveres y resfuerzos para la colonia, naufragó con veinte hombres de tripulación que llevaba, y con unos pocos logró llegar en un bote a la parte oriental de la costa de Yucatán. Allí fueron cogidos por los naturales que los llevaron cautivos al cacique de la provincia, quien los mandó á engordar en una especie de gallinero. Los naturales eran caníbales que devoraban á sus enemigos y á cuantos extranjeros caían en sus manos; así es que Valdivia y cuatro de sus compañeros, cuando habían engordado lo suficiente para el caso, fueron sacrificados y sus miembros servidos en un banquete que el cacique dió á sus súbditos. Quedaban dos víctimas, un marinero, Gonzalo Guerrero, y un fraile vagabundo, Jerónimo de Aguilar.

Murió el cacique, no se sabe si de una indigestión que le causara el banquete canibalesco, ó porque le llegó la hora, y el siguiente llamado Taxmar, hombre de algún talento y de sagacidad, se contentó con reducir a los prisioneros á la condición de esclavos. Guerrero tuvo la dicha de pasar al servicio del cacique de Chatemal, quien le trató benignamente; y conformándose con su nue-

va posición, siguió á la guerra á su dueño, é hiciéronle tan notable su osadía y sus proezas, que llegó á ganarse el corazón y la mano de una princesa india.

El fraile siguió otra conducta al lado de Taxmar, adoptando para vivir entre los indios un método adecuado á su carácter y condición: en lugar de mostrarse como héroe entre los varones y como galán entre las mujeres, recordó sus obligaciones de sumisión y castidad, siendo un modelo de mansedumbre con los guerreros y cerrando los ojos á los encantos femeniles de las hermosas infieles. Reiteró sus votos eclesiásticos é hizo á Dios solemne promesa de resistir á las tentaciones de la carne, para que le librase de las manos de los salvajes. Taxmar le puso á prueba.

Un guerrero, por mandato del príncipe, le dijo al fraile cuando los indios se entretenían en tirar al blanco: "¿No ves cómo algunos de esos tiradores, si quieren dar en el ojo, dan en el ojo, y si en la boca, en la boca? Qué dirías tú si te pusiesen allí en lugar del blanco y no te acertasen?" Aguilar se extremeció; pero haciendo de tripas corazón, contestó: "Soy vuestro esclavo y podéis hacer de mí lo que quisiereis; pero vosotros sois demasiado buenos para matar á un infelez que os es tan útil é inofensivo". El cacique, á quien agradó la respuesta, se convenció de la humildad del aventurero fraile, y le sometió á otra prueba, la de la castidad, menos severa y terrible, pero igualmente dificultosa.

Taxmar, después de haberle suscitado pequeños resbaladeros y tentaciones á que el fraile opuso su santa abnegación, le mandó á una partida

de pesca, acompañado de una muchacha de catorce años, bella y retozona; debían pasar la noche á orillas del mar para empezar la pesca al amanecer, sin más lecho que una hamaca. El lance era apurado (dice el historiador que nos trasmite el cuento), no para la muchacha que iba instruida, sin contar con lo que ella pondría de su cuenta (esto de *sin contar con lo que ella pondría de su cuenta* es nuestro); pero el nuevo San Antonio recordó sus dobles votos: suspendió la hamaca entre dos árboles, dejándola á su compañera, y él, encendiendo una hoguera en la playa, se tendió delante en la arena. La retozona le asaltó la noche entera con toda clase de zalamerías y reconvenciones (esto de *la noche entera* también es nuestro); pero su resolución, aunque varias veces alterada, no sucumbió, y vino la mañana sin que la quebrantase. Concluida la pesca y vueltos á casa del cacique, la muchacha, apremiada, dijo toda la verdad. Desde entonces Taxmar contempló á Jerónimo con extremado respeto, y en su ausencia le confiaba el cuidado, no sólo de su casa, sino de sus mujeres.

Siete años después el fraile se presentaba á Hernán Cortés en Méjico: había logrado escaparse. El otro, Gonzalo Guerrero, hubiera podido irse también, pues Aguilar le invitó para ello; el osado marinero, que llegó á la categoría de gran jefe en la provincia, y á quien la princesa india le había dado numerosa prole, aunque su corazón se exaltó pensando en España, no quiso partir, temiendo que entre los suyos iba á ser objeto de curiosidad, pues sus manos y cara estaban pintados de colores indelebles, sus orejas y labios agu-

jereados para dar cabida à los adornos indios, y la nariz casi le tapaba la boca, á causa de habérsela inclinado hacia abajo una enorme argolla de oro maciso con un tembleque de mucho peso. Guerrero comprendió que á su patria no iría más que para sufrir la gritería del populacho; le pareció mejor permanecer grande entre los salvajes, que correr el peligro de ser considerado como una curiosidad en su país.

EL ECLIPSE.

A fines de abril de 1503 salió Colón en su cuarto viaje de la desastrosa costa de Veragua que tan bizarramente había defendido el cacique Quibián; y después de pasar por la Sur de Cuba, desesperado de poder llegar á la Española (Haití), viró hacia Jamaica en busca de un puerto seguro, y el 23 de junio entró en el hoy llamado Dry—Harbour (Puerto Seco). En los contornos de éste no había agua dulce, ni vió Colón indicio alguno de que los indios le facilitasen provisiones, por lo que salió hacia el Oriente á otro puerto al que llamó Santa Gloria, conocido actualmente por el de La Caleta de don Cristóbal, (Don Chistopher's Cove). Aquí el Almirante dejó de luchar contra los elementos. Sus buques se hundían hasta en el puerto, y luego encallaron á tiro de ballesta de la orilla. Encastillado así en el mar, una chispa que cayese en su débil ciudadela, pues se construyeron camarotes en las popas y proas para viviendas de las tripulaciones, hubiera sido su total ruina.

Al principio, gracias al diligente Diego Méndez, el mismo por quien el Adelantado(1) capturó, aunque infructuosamenre, al cacique de Veragua, se obtuvieron provisiones de los naturales; pero fal-

1-- En **Mayobanex**, página 47, aparece "**Adelantado** don Bernabé Colón"; léase: "Adelantado don Bartolomé Colón". Conste.--El A.

taron del todo cuando Méndez y Bartolomé Fiesco, otro arrojado, habían partido en una canoa para la Española en solicitud de socorros, porque los hermanos Francisco y Diego de Porras que con otros tantos se insurreccionaron contra Colón, pasaron como una plaga por la isla, y entonces los indios evitaron el trato con el Almirante y los fieles que le acompañaban. La deserción de los Porras y compañeros que formaban una disoluta y feroz gavilla fué uno de los motivos por que disminuyera mucho la importancia del descubridor entre los indios, para quienes los dijes europeos, un tiempo tan preciosos, perdían su valor á proporción que se hacían más comunes. Sin duda que los Porras y su gente habían encendido por la isla la enemistad de los indios.

«En este estado concibió repentinamente Colón una idea afortunada. Con sus muchos conocimientos astronómicos calculó que en tres días habría un eclipse total de luna en la primera parte de la noche. Envió, pues, un indio de la Española que le servía de interprete á llamar á los principales caciques de la isla á una grande conferencia, señalando para ella el día del eclipse. Cuando estaban todos juntos les dijo por medio de su intérprete que él y sus compañeros eran adoradores de una deidad que vivía en los cielos. Que esta deidad favorecía á los que obraban bien, pero castigaba á todos los pecadores. Que como ellos podían todos haber visto, había protegido el verdadero Dios en su viaje á los que fueron con Diego Méndez, porque iban en obediencia de las órdenes de su jefe; pero que por otro lado había herido á los Porras y sus compañeros con toda clase de

aflicciones, á consecuencia de su rebelión. Que esta grande deidad estaba indignada contra los indios que habían rehusado ó descuidaban proveer á sus fieles adoradores, de comestibles, y quería por lo tanto castigarlos con hambre y pestilencia. Para que creyesen aquel aviso, se daría aquella misma noche una señal en los cielos. La luna mudaría de color y perdería su luz, anunciando el espantoso castigo que les esperaba.»

«Muchos indios quedaron amedrentados á la solemnidad de esta predicción; otros se burlaron de ella; todos, empero, aguardaban solícitos la venida de la noche. Cuando vieron, en efecto, que una sombra oscura se derramaba por la luna, empezaron á temblar. Creció el terror con los progresos del eclipse, y al ver las tinieblas misteriosas que cubrieron la faz de la naturaleza, no tuvo límites su espanto. Se apoderaron de las provisiones que pudieron, apresurándose en entregarlas á los buques en medio de gritos y lamentaciones. Se arrojaron á los pies de Colón, implorando de él intercediese con Dios para que suspendiera sus iras, y asegurándole que en lo sucesivo le darían cuanto se les pidiese. Colón les contestó que se retiraría á comunicarse con la deidad. Se encerró en su camarote, y permaneció en él durante el aumento del eclipse, mientras las selvas y playas resonaban con los alaridos y súplicas de los salvajes. Cuando iba el eclipse á dsiminuir, se presentó de nuevo á los indios, y les dijo que había intercedido por ellos con su Dios, quien bajo condición de que cumpliesen sus promesas se había dignado perdonarlos; en señal de lo cual se disiparían las tinieblas de la luna».

«Cuando vieron los indios recobrar á aquel planeta su brillo primitivo, colmaron al Almirante de muestras de agradecimiento por su intercesión, y volvieron á sus casas gozosos de haberse conjurado tan grandes desastres. Miraron á Colón desde entonces con temor y reverencia, como hombre que gozaba del favor y confianza particular de la divinidad, pues que sabía en la tierra lo que había de pasar en los cielos. Quisieron entonces hacérselo propicio con dones; de nuevo empezaron á abundar los víveres en el puerto; y no hubo en lo sucesivo falta de provisiones».

EL INDIO DE LAS CASAS.

A una circunstancia, resultado de un sublime rasgo de indignación virtuosa de la reina Isabel, se debió el heróico celo de Fray Bartolomé Las Casas por los naturales de América. Se ha puesto en duda la verdad de la simpatía del padre Las Casas en favor de los indios, porque, para que éstos fuesen libertados de la servidumbre, se ocurrió al expediente de sustituir á los indios con los negros africanos; pero para examinar el cargo hay que ver primero la situación de los mismos indios y los mismos africanos. Los aborígenes de América eran libres en su suelo, á no ser que el derecho de la fuerza los obligara á la esclavitud, mientras que los africanos eran esclavos en el suyo, por ese mismo derecho, tanto más efectivo cuanto más inicuo, y por las ideas adulteradas del cristianismo en España, como en el resto de Europa, de las que se aprovechaban los desalmados comerciantes negreros. Las Casas, aunque tal vez haya estado imbuido en los principios que distinguidos teólogos sustentaban al respecto, no hizo más que aprovecharse de las razones que había para la sustitución, la cual no fué provocada por él. El quiso primero librar de la esclavitud á los indios; después aceptó á los africanos en lugar de sus protegidos.

No es justo el paralelo que hace Roberston en-

tre el procedimiento del cardenal Jiménez de Cisneros y el de Las Casas, desfavorable para el padre. «El cardenal, dice Roberston, cuando se vió solicitado para proteger este comercio (el de la sustitución), rehusó la proposición perentoriamente, porque percibía la iniquidad de reducir unos hombres á la esclavitud, cuando estaba consultando los medios de restaurar la libertad de otros; pero Las Casas, por la inconsecuencia natural á los hombres que se precipitan con ciega impetuosidad hacia un punto favorito, era incapaz de hacer semejante distinción. En el calor de su celo para salvar del yugo á los indios, pronunció lícito y expediente imponer uno aún más pesado á los africanos».

«Las Casas, dice Washington Irving, no tenía idea de que estaba imponiendo un yugo más pesado, ni tan pesado siquiera á los africanos. Se consideraban éstos más capaces del trabajo y menos impacientes de la esclavitud. Mientras los indios cedían al peso de sus tareas, pereciendo á millares en la Española, los negros, al contrario, progresaban increiblemente.»

Don Antonio de Herrera explica la medida del cardenal por un interés pecuniario; dice que mandó que nadie llevase negros á las Indias, «porque como iban faltando los indios, y se conocía que un negro trabajaba más que cuatro, por lo cual había gran demanda de ellos, parecía que se podía poner algún tributo en la saca, de que resultaría provecho á la real hacienda». Esta medida no se llevó á efecto hasta después de la muerte del gran Cisneros. Y otro historiador da diverso y más político motivo para la prohibición Dice que el cardenal

se opuso á la importación de negros en las colonias, porque temía que corrompiesen á los naturales, y aliándose con ellos se hiciesen temibles al gobierno. Se desprende que el cardenal conocía la naturaleza de los negros, de una carta suya que se cita, en que se manifiesta la clara previsión de aquel hábil político: observaba que los negros eran de mucha fatiga, pero emprendedores por extremo; y que si tenían tiempo para multiplicarse en América, se alzarían infaliblemente. La predicción se verificó: las espantosas revoluciones de esa raza contra sus dominadores en Haití lo atestiguaron después.

El mismo Washington Irving observa que estas opiniones rebajan el crédito filantrópico del cardenal Jiménez, pero que es necesario que no se ensalce á éste oscureciendo á Las Casas, porque ambos deben juzgarse á la luz de las ideas dominantes en su época; y que si se echa en cara á Las Casas la sustitución de unos hombres por otros, no se olvide que el cardenal Jiménez introdujo la inquisición en América y autorizó la esclavitud de los indios de las islas Caribes. En verdad que para que la gloria de Cisneros resplandezca con brillo digno de tal hombre, no es necesario que lo sea á expensas de la de Las Casas.

Pero el lector nos preguntará: ¿y su episodio, anécdota ó leyenda del indio de Las Casas? Va á empezar el cuento? Y tiene razón; pero nos hemos metido en profundidades históricas, tanto porque vienen al caso, como porque de otro modo el cuento resultaría muy corto. Vamos á él, pues.

A una circunstancia (así empezamos), resulta-

do de un sublime rasgo de indignación virtuosa de la reina Isabel, se debió el heróico celo de Fray Bartolomé Las Casas por los indios de América. A Las Casas servía en calidad de esclavo un indio que á su padre le había regalado Colón; y cuando Isabel, en ese rasgo digno de su bella alma, ordenó que se volviesen á las Indias los esclavos que los conquistadores habían llevado á España, aquel indio se le quitó á Las Casas. Tal circunstancia que ocurrió cuando Bartolomé completaba su educación en Salamanca, inflamó el celo de este filántropo en favor de los indios, á lo cual debe agregarse que Las Casas fué testigo de muchas escenas crueles que pasaron bajo la administración de don Nicolás de Ovando cuando, á los veintiocho años de edad acompañó al sucesor de Bobadilla á la Española en 1502.

COTABANAMA.

Las Casas describe al cacique de Higuey por observación personal, y nos lo da como verdadero héroe indio. «Era, dice, el más fuerte de su tribu, y de más perfectas formas que un hombre entre mil de cualquier nación. Más alto de estatura que el más alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría. Su rostro no era hermoso, sino grave y osado. No podía un hombre común doblar fácilmente su arco; las flechas tenían tres puntas de espina de pescado; y todas sus armas parecían destinadas para uso de un gigante. En una palabra, tenía tan colosales proporciones, que era la admiración hasta de los españoles mismos.»

Cotabanamá se insurreccionó con su gente después de la caída de Caonabo, mientras Colón estaba empeñado en el cuarto viaje y poco después de entrar Ovando en el gobierno (1504) Hubo justo y poderoso motivo: sin provocación alguna, un español había soltado un perro contra un cacique tributario, el cual fué despedazado por el animal; y los naturales pidieron en vano justicia. Entonces las gentes de Higuey, para vengar al cacique, sorprendieron en la isla de Saona, adyacente á Higuey, una chalupa con ocho españoles, y les dieron muerte á todos.

Juan de Esquivel, de orden de Ovando, partió sin tardanza para Higuey, á la cabeza de cuatrocientos hombres. Cotabanamá se preparó para una vigoroza resistencia, y desconfiando de la misericordia de los españoles, de que en esta vez dieron una muestra, rehusó escuchar los ofrecimientos de paz, y combatió con alguna ventaja de sus tropas. Ya los indios no tenían la creencia supersticiosa de que los blancos eran entes sobrenaturales, y manifestaban un valor y una destreza no despreciables, aunque no podían resistir la superioridad de las armas europeas. Esto es histórico, pues Las Casas y otros lo relatan: un audaz y romántico encuentro entre un solo indio y dos caballeros montados, de nombres «Valtenebro y Portevedra, en que el indio, aunque atravesado por las lanzas y espadas de ambos enemigos, retuvo su fiereza y continuó el combate, hasta caer muerto después de haberles quitado las armas».

Pero los indios quedaron derrotados y huyeron á las montañas. Los españoles los persiguieron á las más recónditas guaridas, y allí tomaron señalada venganza, matando á las mujeres y niños y haciendo perecer á los caudillos entre las llamas. Una anciana cacique, Higuanama, muy distinguida, fué hecha prisionera y ahorcada.

Después pasaron á la isla de Saona, en donde, para vengar la destrucción de la chalupa y la muerte de los ocho españoles aquéllos, aprisionaron á seiscientos ó más indios y los pasaron por las armas. Así, dice Las Casas, quedó desierta y desolada la isla.

Los naturales de Higuey pidieron la paz, que se les concedió á condición de que cultivasen un extenso territorio y pagasen una gran cantidad de pan de tributo.

Concluido el arreglo, Cotabanamá visitó el campo español, donde sus proporciones gigantescas y marcial porte le hicieron objeto de curiosidad y admiración. Esquivel le recibió distinguidamente, y ambos cambiaron nombres, liga indiana que significa perpetua y fraternal amistad. Desde entonces los indios llamaban Cotabanamá al jefe español y Juan Esquivel al cacique; y más de algún oficial deben de haberle dicho, en son de chanza, Cotabanamá el vencedor del gigante de Higuey.

Esquivel levantó una fortaleza en lugar indio cerca del mar, y en ella quedaron un teniente llamado Martín de Villamán y cinco soldados. Dispersáronse las tropas españolas, y cada uno volvió á Santo Domingo con la parte de esclavos que le cupo.

Pero la paz no fué duradera. Hubo otro motín en Higuey provocado por la tiránica conducta de los españoles, y sobre todo por haberse violado la capitulación: Villamán trató á los indios con la mayor dureza cuando éstos se rehusaron á llevar á Santo Domingo el grano estipulado, lo que no se les había exigido en la rendición. Permitió también el libertinaje de su gente con las mujeres indias, y con frecuencia las hijas, hermanas, y aun las esposas de los tributarios, satisfacían por la fuerza la lujuria de los bajos conquistadores. Encendióse, pues, la furia de los naturales; levantándose contra sus tiranos, acabaron con ellos

y redujeron á cenizas la fortaleza. Escapó un español que llevó las nuevas del desastre á la capital.

Otra vez Esquivel, á la cabeza de los españoles y de un numeroso ejército de indios aliados, llevó la guerra á Cotabanamá, con orden de Ovando para entrar á sangre y fuego en la provincia rebelde.

Los ancianos, mujeres y niños indios se ocultaron en los lugares más escondidos, y los fuertes se prepararon para la batalla. Los españoles se apoderaron de algunos indios para saber por ellos los planes y fuerzas del enemigo; pero no obtuvieron ningún informe, aunque los sometieron á tormento: tan acendrada era la lealtad de aquella gente hacia sus caciques.

Después de una acción en que la fuerza indiana quedó derrotada, cada banda de vecinos huyó á la espesura de las montañas. Allí los españoles persiguieron á los infelices, no perdonando sexo ni edad ni condición; pues hasta las mujeres en cinta y madres con sus criaturas en los brazos caían traspasadas por despiadados hierros.

Hubo una irregular batalla que se siguió á esta carnicería y á otras operaciones, cerca de la ciudad en que residía Cotabanamá, que duró desde las dos de la tarde hasta la noche. Las Casas se halló presente. Los defensores de su patria, en vez de desmayar cuando caían sus compañeros, expresaban con horribles alaridos su furia que se aumentaba. Cesaron las hostilidades y los indios se retiraron. La ciudad quedó en posesión de los españoles.

Lo que hubo después fué espantoso. «Los españoles, separándose en pequeñas partidas, cazaban á los indios como animales silvestres; su objeto era apoderarse de los caciques, y sobre todo de Cotabanamá. Exploraron todos los valles y ocultos senderos que conducían á las madrigueras en que se habían refugiado los salvajes. Éstos eran cautelosos y astutos en su modo de retirarse; pisaban los unos sobre las huellas de los otros, de modo que veinte no dejaban más señal que uno; pero había españoles tan diestros en cazar indios, que hallaban sus trazas hasta en la vuelta de una hoja seca y entre las huellas de mil diversos animales. También olían desde lejos el humo del fuego que hacían los indios cuando se paraban, y así los sorprendían en sus más secretos asilos. A veces, si cogían un solo indio, le obligaban con tormento á revelar el sitio donde estaban sus compañeros; le ataban después por el cuello, y le hacían servir de guía. Cuando descubrían uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, les daban desapiadada muerte. Quisieron inspirar terror por aquel país, y amedrentar la tribu entera para someterla. Cortaban las manos á los que encontraban sueltos, y los enviaban como ellos decían, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen. Innumerables fueron, dice Las Casas, los que quedaron amputados de este modo, y muchos de ellos espiraron de dolor y desangrados. Se deleitaban los conquistadores en ejercer extrañas é ingeniosas crueldades. Hacían horcas anchas y bajas, de modo que los pies de los pacientes tocasen la tie-

rra y fuese larga su muerte. Ahorcaban trece á la vez en reverencia, dice indignado Las Casas, de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles. Mientras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, las cortaban y macheteaban con las espadas para probar su fuerza y su filo. Las envolvían en paja bien seca, y les pegaban fuego; y así terminaban su existencia en la más fiera agonía.»

Estos horribles pormenores los da el padre Las Casas, testigo presencial, que aunque joven entonces, los escribió en los últimos años. «Todas estas cosas, dice, y otras repugnantes á la naturaleza, mis propios ojos las vieron, y ahora casi temo repetirlas, apenas creyéndome á mí mismo, y dudando si habrán sido sueños.»

Pero aún así, no era posible subyugar la provincia de Higuey mientras Cotabanamá estuviese libre. El cacique se había retirado á Saona, distante de la costa dos leguas, en el centro de la cual isla, en un laberinto de rocas y selvas y en una caverna, vivía con su mujer y sus hijos. Para allá partió Esquivel. Desembarcó cuarenta hombres antes que los espías de Cotabanamá hubiesen tomado su puesto. Sorprendidos los indios, Esquivel, después de haber sabido que Cotabanamá estaba cerca, sacrificó á uno y tomó al otro por guía.

«Varios españoles iban delante, deseosos de distinguirse con la captura del cacique. Llegaron á dos caminos, y toda la gente tomó para el de la derecha, menos un tal Juan López, hombre fuerte y diestro en la guerra india. Siguió éste una senda por la izquierda que serpenteaba entre mon-

tecillos y colinas tan arboladas, que era imposible destinguir objeto alguno á medio tiro de ballesta. A deshora, en un estrecho paso oscurecido por muchos árboles y altas rocas, encontró doce guerreros indios armados de flechas y arcos, y siguiéndose unos á otros según su costumbre. Los indios quedaron confundidos al ver á López, imaginando que le seguía alguna tropa. Hubieran podido fácilmente traspasarle con sus flechas, pero les faltó serenidad. Les pidió López su caudillo. Respondieron que estaba detrás, y abriéndole ellos paso, entró y descubrió al cacique á retaguardia. A vista del español, dobló el cacique su formidable arco, y estaba para salir la flecha, cuando se precipitó López sobre él, y le hirió con la espada. Los otros indios habían ya huido llenos de terror. Cotabanamá, desanimado al sentir el corte de la espada, gritó que se llamaba Juan de Esquivel, pidiendo que se le respetase por haber trocado nombre con el caudillo español. López le cogió con una mano por los cabellos, y con la otra le marcó una estocada en el pecho; pero le quitó la espada el cacique, y cerrando con él le arrojó de espaldas sobre las rocas. Como eran los dos hombres de grandes fuerzas, fué la lucha larga y violenta. La espada estaba debajo de ellos, y Cotabanamá quiso ahogar al español, y le asió por la garganta con su terrible mano. El ruido de la lucha atrajo á otros españoles. Hallaron á su compañero retorciéndose ya sin aliento y casi muerto entre las manos de aquel colosal indio. Cogieron y ataron al cacique, y le llevaron cautivo á un lugar de las cercanías».

Iban á darle muerte á Cotabanamá en el acto

mismo y en la plaza del desierto, para lo cual erigieron una pira en que quemarlo; pero luego creyeron oportuno concederle unos pocos días de vida; lleváronle, pues, á bordo, y le mandaron á Santo Domingo. Cotabanamá, cuyo solo crimen consistía en defender á su patria y sus territorios, fué ahorcado públicamente como un malhechor. Ovando no tuvo la magnanimidad de perdonar á un héroe vencido. Era moralmente incapaz de ello el asesino de Jaragua.

LOS AMORES DE HIGUENAMOTA.

Anacaona, la viuda de Caonabo y hermana y sucesora de Behechio, cacique de Jaragua, tenía una belleza sumamente admirada en su hija Higuenamota, habida del matrimonio con aquel bravo guerrero, que fué, la princesa, causa inocente de nuevos desórdenes entre los españoles.

El ex-rebelde Francisco Roldán se hallaba con mando en la capital de aquella provincia (1500), cuando llegó á ella un caballero de distinguida familia, don Hernando ó Fernando de Guevara, joven dotado de buena presencia y bellos modales, pero violento en sus pasiones y libertino en su conducta. Era pariente de Adrián de Mojica, uno de los más activos agentes de la pasada rebelión de Roldán, y había sido tan disoluto en Santo Domingo, que Colón le desterró de la isla, y debía volver á España en un buque de Ojeda; pero llegó tarde y se había quedado en Jaragua. Roldán le recibió favorablemente por consideración á su antiguo camarada Mojica, y le permitió escoger lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Guevara escogió la provincia de Cahay, no por lo deliciosa, que lo era, sino por su vecindad á Jaragua en que había conocido á Higuenamota. Guevara, hallándose frecuentemente en compañía de la hija del gran Caonabo, se enamoró de ella. Para estar, pues, cerca de

Higuenamota, escogió la residencia de Cahay, pero dilatando su partida. Anacaona, la madre, fascinada por la elegancia y atrayentes modales de Guevara, favorecía esos amores, tanto más cuanto que el doncel se presentaba con trato de casamiento, como se dice. Roldán, que descubrió el objeto que retenía en Jaragua á Guevara, y celoso, según cree Las Casas, de la fortuna amorosa de aquel libertino, pues amaba también á Higuenamota, le advirtió al preferido que desistiese de sus pretensiones, y le ordenó que saliese de la provincia. A pesar de estas órdenes, Guevara permanecía en Jaragua y en casa de Anacaona, desde donde mandó por un sacerdote para que bautizase á la bella india su futura esposa.

Roldán entonces llamó á su presencia á Guevara y le reprendió, acusándole de que seguía en Jaragua con el designio de engañar á Anacaona y extraviarle el afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasión y pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua, atendida la pureza de sus intenciones. Roldán se manifestó inflexible; naturalmente, si quería el bocado para él. Guevara obedeció; pero no pudiendo vivir ausente de la princesa, volvió á Jaragua con cuatro ó cinco amigos, y se ocultó en casa de ella misma. Roldán, al saber la vuelta del ténaz, le dirigió reconvenciones por su desobediencia y le mandó volver al instante á Cahay. El joven caballero adoptó otro lenguaje: le contestó á Roldán, aconsejándole «que no se crease contrarios, cuando tenía tanta necesidad de amigos, pues él sabía positivamente que pensaba el Almirante cortarle la cabeza». Entonces Roldán, en uso de su auto-

ridad, le ordenó que saliera de aquella parte de la isla y se presentase á Colón en Santo Domingo. El amante, para no verse privado enteramente de la presencia de la beldad india, refrenó su violencia y trocó su altivo tono en humilde súplica; y Roldán, á quien tal vez ya le pasaba la dentera, le permitió que permaneciese en Cahay.

Pero Guevara, irritado con los obstáculos que se oponían á su pasión, acarició proyectos de venganza. Formó un partido de los antiguos secuaces de Roldán que detestaban como magistrado al hombre que habían idolatrado como caudillo. Se resolvió, pues, á rebelarse contra él, y ó bien matarle ó sacarle los ojos, esto último, indudablemente, para que no los pusiese en la hija de Anacaona. Pero Roldán procedió con la prontitud del rayo contra los conjurados. Fué preso Guevara á la vista de su futura, y quedaron también arrestados siete de sus cómplices.

El Almirante, que se hallaba entonces en la Concepción, informado de la novedad, mandó trasladar los presos á Santo Domingo.

Las medidas rigurosas de Roldán contra sus ex-camaradas produjeron inmediatas revueltas. Adrián de Mojica se exasperó sobre manera, y resolvió vengarse al saber que su primo Guevara estaba preso por orden de Roldán. Pasó en el acto á Bonao, perenne foco de sediciones, á pedir auxilio al alcalde Pedro Requelme; éste se lo prestó y ambos partieron á varios puntos de la Vega, para incitar á la revuelta á los antiguos rebeldes.

Dice Washington Irving: «No hay nadie tan detestado de los que han sido sus amigos como

un ladrón reformado, ó un rebelde sirviendo á la justicia». La conducta de Roldán se calificó de intervención despótica para impedir un himeneo agradable á ambas partes y beneficioso á la corona por razón de estado. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron y empezaron los preparativos para la acción. Mojica, que tuvo luego un cuerpo de audaces y despreocupadas gentes, prontas á seguir en cualquier empresa, alentado por la impunidad que habían tenido sus primeros actos, se propuso, no sólo libertar á su primo, sino también dar muerte á Roldán y al Almirante.

Mientras se fraguaba este peligroso complot, el Almirante se hallaba con poca gente en la Concepción, cerca de los rebeldes, y hubiera sido su víctima, pues no temía ninguna hostilidad de personas á quienes había colmado de favores, á no revelarle el plan uno de aquéllos. De una sola mirada vió la tormenta que amenazaba á la isla y sondeó el abismo que le rodeaba; y conociendo que el tiempo de la templanza había pasado, determinó dar un golpe que cortase de raíz la rebelión.

«Con seis ó siete criados de confianza y tres escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche á la residencia de los sediciosos, los cuales confiados en lo secreto de su plan y en la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, éstaban descansando sin precaución alguna. Los sorprendió Colón; se apoderó de Mojica y de varios de sus principales cómplices y los llevó presos al fuerte de la Concepción. El momento era crítico; la Vega estaba pronta á sublevarse; tenía en su poder al que era cabeza del motín, y era

necesario un escarmiento que aterrase á los facciosos. Mandó que se colgase á Mojica del asta de la bandera. Pidiendo el reo que se le permitiese confesar antes de morir, se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido y arrogante en la rebelión, perdió todo su ánimo delante la muerte. Procuró prolongar su confesión empezando y deteniéndose, y empezando de nuevo, y otra vez vacilando, como si aguardase que el tiempo le trajese un indulto. En vez de confesar sus propios pecados, acusó de criminales á otros que se sabía eran inocentes; hasta que Colón, indignado en vista de tanta falsedad y apurada ya la paciencia, mandó que arrojasen al rebelde de las murallas abajo. Muchos de los cómplices de Mojica fueron condenados á muerte, pero se suspendió por entonces la sentencia».

Este acto de severidad fué seguido prontamente de otros del mismo carácter. Pedro Requelme y algunos compañeros suyos fueron sorprendidos en Bonao y llevados á Santo Domingo, donde ya se hallaba Hernando de Guevara, el que había sido causa de la rebelión, el amante de la princesa india, la hija de Caonabo y de Anacaona. Los demás conspiradores huyeron en su mayor parte á Jaragua; pero no se les permitió reunirse de nuevo, y el Adelantado y Roldán los siguieron con el vigor que á ambos distinguía. Dícese que don Bartolomé llevaba consigo un sacerdote para que confesase á los delicuentes á medida que eran prendidos, y en seguida mandaba ahorcarlos en el mismo lugar; pero lo más probable es que los enviaba á Santo Domingo.

Pronto quedó la isla en paz. Siete rebeldes fue-

ron ahorcados la última semana de agosto de 1500, y cinco más estaban en el fuerte de Santo Domingo, condenados á sufrir igual pena, cuando llegó Bobadilla y los salvó. Entre éstos se contaban Pedro Requelme y Hernando de Guevara, el caballero cuya pasión por la princesa Higuenamota, hija de Anacaona, había sido la causa primordial de la rebelión.

EL MANIFIESTO DE OJEDA.

Hay en la historia del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo un curioso documento que se conoce con el nombre de *Manifiesto de Ojeda*, porque Alonso de Ojeda lo leyó la primera vez en voz alta por los frailes de su séquito, como preludio para atacar á los salvajes de Cartagena (1509). Era una fórmula compuesta por ilustres y profundos juristas y teólogos de España, que fué después generalmente adoptada por los conquistadores españoles cuando invadían el territorio indio. Ese ultimátum, como se llamaría en la época presente, reza así:

«**Yo, Alonso de Ojeda,** servidor de los muy altos y muy poderosos soberanos de Castilla y de León, conquistadores de bárbaros, su mensajero y capitán, os notifico y hago saber, del mejor modo que puedo, que Dios Nuesto Señor, único y eterno, creó los cielos y tierra, y el primer hombre y primera mujer, de los cuales vosotros y nosotros descendemos, como así todos los habitantes de la tierra nacidos y por nacer; pero el gran número de generaciones procedentes de ellos en el curso de cinco mil años desde la creación del mundo, hizo necesario que la raza humana se dispersase en todas direcciones, y se dividiese en reinos y provincias, porque no podían vivir en una sola. Todas estas gentes fueron encargadas por Dios Nuestro Señor

á una persona llamada San Pedro, á quien hizo señor de todos los habitantes de la tierra y cabeza de todo el linaje humano, y á quien todos deben obedecer, en cualquier parte que vivan, y sea la que quiera su religión, secta ó creencia; le dió también todo el mundo para su servicio, poniéndolo bajo su jurisdicción; y aunque deseó que estableciese su silla en Roma, como sitio más conveniente para gobernar el mundo, le permitió, no obstante, establecerla en otra parte y juzgar y gobernar las naciones, cristianos, moros, judíos y gentiles, y cualquiera otra secta ó creencia que exista. Esa persona se llama papa, esdecir, admirable, supremo, padre y guardián, porque es el padre y gobernador de todo el género humano. Este santo padre fué obedecido y honrado como señor, rey y superior del universo por todos los que vivían en su tiempo, y del mismo modo han sido honrados y obedecidos todos los que han sido elegidos pontífices, y continúan siendo y lo serán mientras el mundo dure.

«Uno de estos pontífices de quienes hemos hablado como Señor del mundo, hizo donación de las islas y continentes de este Océano y todo cuanto comprende, á los reyes católicos de Castilla, que á la sazón eran Fernando é Isabel, de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros soberanos, según lo acreditan ciertos papeles extendidos al efecto (los que puedo manifestaros, si queréis). De consiguiente, S. M. es rey y soberano de estas islas y continentes, en virtud de dicha donación, y como rey y soberano, ciertas islas, y casi todos aquellos á quienes hemos hecho la presente notificación, han aceptado á S. M. y

le han obedecido, sirviendo y sirven actualmente. Además, como buenos súbditos, de buena voluntad, sin ninguna resistencia ni retardo desde el momento que se les informó de lo antedicho, han obedecido á todos los religiosos que se les han enviado para predicarles y enseñarles nuestra santa fe, y han consentido de su libre voluntad, sin ninguna condición ni recompensa, el hacerse cristianos, y continúan siéndolo; por lo que S. M. los ha recibido benignamente y ha ordenado que les trate como á sus demás súbditos y vasallos; y á vosotros se os amonesta para que hagáis lo mismo. De consiguiente, del mejor modo posible os ruego y os amonesto para que consideréis lo que acabo de decir, y os concedo un término racional para que lo comprendáis y toméis la deliberación conveniente, y para que reconozcáis á la Iglesia por soberana y superior de todo el universo; y en su nombre al supremo pontífice llamado papa; y en lugar de éste á S. M., como superior y soberano de estas islas y Tierra—Firme, en virtud de la dicha donación; y que consintáis en que estos religiosos padres os instruyan y prediquen de aquí en adelante. Si así lo hiciereis, obraréis bien, porque cumpliréis con lo que estáis obligados; y S. M., y yo en su nombre, os recibiremos con el debido amor y caridad cristiana, y os dejaremos vuestras mujeres é hijos libres de esclavitud, para que hagáis con ellos lo que sea de vuestra voluntad, como los habitantes de las otras islas; además de esto, S. M. os dará muchos privilegios y excepciones, y os hará muchos favores. Pero si no hacéis nada de lo dicho, ó con mala intención y rebeldía, dilatáis el cum-

plirlo, yo os aseguro que con la protección de Dios, invadiré vuestro territorio con mi gente, y os haré la guerra de todos cuantos modos estén en mi poder y os subyugaré bajo la obediencia de la Iglesia y de S. M.; os quitaré vuestras mujeres y vuestros hijos; los haré esclavos y venderé como á tales y dispondré de ellos según el mandato de S. M.; y os quitaré vuestras riquezas, y os haré todo el daño é injurias que pueda, como vasallos desobedientes que no quieren recibir á su soberano y le ponen resistencia. Y protesto que todas las muertes y desastres que ocurran por esta causa, será por culpa vuestra y no por la de S. M., ni la mía, ni por la de estos caballeros que me acompañan. Y de todo cuanto aquí os he dicho y manifestado, suplico al notario, aquí presente, me dé fe y testimonio.»

* *
*

Los salvajes de Cartagena escucharon esta extraordinaria imposición como quien oye llover, aunque la entendían por los intérpretes; y á pesar de que Ojeda les hizo señales de paz y amistad, mostrándoles relucientes regalos, como habían ya sufrido mucho por las crueldades de los blancos, blandieron sus armas, sonaron sus caracoles de guerra y se prepararon para el combate. En el primer encuentro Ojeda los derrotó, pero luego volvieron á la lucha; y de los setenta hombres que acompañaron á ese audaz conquistador, sólo uno logró escapar y fué el que contó el cuento. Ojeda mismo habría perecido si por un milagro no le hubiesen salvado los que quedaron en los buques: le encontraron cuando «yacía sobre

las enredadas raíces de los mangles con el escudo al hombro y la espada en la mano; pero tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga ,que no podía articular una palabra». ¡Allí murió su leal amigo el vizcaíno Juan de la Cosa!

Pero la contestación más original que el manifiesto de Ojeda recibió de los indios, fué la de los de Zenu, provincia situada al Este de Cartagena, como á veinticinco leguas, según los naturales del último lugar. Éstos le dijeron al bachiller Martín Fernández de Enciso, un abogado de fama de la población mixta de Santo Domingo, á quien, Enciso, había Ojeda inspirado la malhadada manía de colonizar; los indios de Cartagena le dijeron al abogado que en las montañas de Zenu abundaba el oro más fino, y que en la estación lluviosa «bajaba á las corrientes con el agua en tanta cantidad, que los naturales extendían redes en los ríos para recoger las partículas mayores del tamaño de huevos». También le dijeron que Zenu era el cementerio general de todas las tribus comarcanas, donde estaban enterrados los indios adornados de sus joyas más preciosas, y que era inmensa la acumulación de riquezas que había en las tumbas. Exaltada la imaginación del bachiller, éste determinó hacer una excursión en esa provincia y saquear los sepulcros. ¡Asustaría á un católico de aquellos tiempos la idea de que iba á robar á los muertos! ¿No eran éstos infieles paganos que habían violado el santuario de la sepultura, haciéndose enterrar según los ritos de su religión? Enciso, pues, que era socio de Ojeda, y que como tal empleara en expediciones de conquista dos mil castellanos (unos 10,650

duros) que había ganado en llevar pleitos, salió de Cartagena (1510) y desembarcó en las costas de Zenu. Inmediatamente se le presentaron dos caciques en son de guerra. El bachiller, aunque era tan buen hombre de espada como de toga, recordando su antigua profesión, quiso, antes de valerse de las armas, proceder legalmente y de acuerdo con el manifiesto de Ojeda, que la corona mandaba que se observase. Los caciques prestaron la más respetuosa atención por eso que llamamos política, cosa que ellos conocían, aunque eran salvajes y desnudos. Concluida la lectura, contestaron con bastante lógica natural: «En cuanto á lo que decís que no hay más que un Dios soberano de los cielos y tierra, estamos conformes porque nos parece y así debe ser; pero por lo que hace á creer que el papa ocupa en el mundo el lugar de Dios, y que él tenga potestad para conceder al rey de España dominio sobre nuestro país, opinamos que el papa estaba seguramente borracho cuando disponía de lo que no era suyo, y el rey debe ser un loco, pues pide lo que es de otros. Nosotros somos dueños de este territorio, sin dependencia de ningún soberano, y si el rey Católico viene á tomar posesión de él, le cortaremos la cabeza y la pondremos en la punta de un palo, modo que tenemos de conducirnos con nuestros enemigos». Y para convencer á Enciso de esta verdad, le mostraron el espectáculo de una larga fila de cabezas empaladas. Pero el bachiller no por ello se alteró, sino al contrario; los amenazó con la guerra y la esclavitud si continuaban en la incredulidad y no se sometían. «Pues entonces, replicaron los caciques, pondremos tu

cabeza en un palo, como que representas á tu rey».

Con esto el bachiller se consideró dispensado de las fórmulas legales, y atacó á los indios y los derrotó. Enciso, empero, se contentó con su victoria y no quiso penetrar adentro con la escasa fuerza que llevaba, y se volvió á sus buques, dispuesto á continuar su viaje al golfo de Uraba, donde Ojeda había establecido su gobierno. Temió, además, el fatal efecto del veneno con que los indios armaban sus flechas, pues dos heridos españoles murieron en medio de los tormentos más espantosos.

LAS MINAS DE HAYNA.

(1496.)

Los amores de una soberana india no tuvieron las trágicas consecuencias de los de la hija de Anacaona; antes bien, por aquéllos se descubrieron las minas de Hayna.

Colón esperaba que estuviesen prontas para hacerse al mar la nueva carabela llamada Santa Cruz, que se construía, y la Niña, que se reparaba, en las que volvería á España de su segundo viaje, cuando le llegaron noticias de unas ricas minas que había en el interior de la Española, el descubrimiento de las cuales se debía á un incidente amoroso y romántico.

Miguel Díaz, joven aragonés que militaba á las órdenes del Adelantado, hirió peligrosamente en desafío á otro español y temiendo las consecuencias, huyó de la colonia con cinco ó seis más que eran amigos suyos ó habían tomado parte en la querella. Erraron sin guía por la isla y llegaron por fin á un lugar indio, en la costa del Sur, cerca de la desembocadura del río Ozema, donde está hoy la ciudad de Santo Domingo. Los naturales los recibieron y hospedaron bondadosamente. Una mujer, que después se llamó Catalina, la cacique del lugar, se sintió abrasada de amor por el joven aragonés, y es más que probable que algunas de sus súbditas, por esponontaniedad ó

por imitación, hayan seguido á la soberana en la obediencia á los mandatos del dios ciego, prendándose de los compañeros de Miguel Díaz. Éste, naturalmente, no se hizo de rogar. ¡Iba un prófugo á andar con remilgos! Y los otros, también, han de haber aceptado sin mayores insinuaciones el amor de las beldades subalternas de la cacique. Pero concretémonos sólo á los amores de Miguel Díaz y la beldad soberana.

Dice Oviedo, historiador muy laborioso en eso de averiguar la vida ajena, que Díaz le guardó constante fe á su mujer india, de quien, según el mismo pesquisidor, tuvo dos hijos. En cuanto á que se hayan casado legalmente la historia no está cierta. Charlevoix, á quien no hemos leído, pero le leyó Washington Irving, y éste nos traspasa el cuento, supone que sí. Y vean nuestros lectores el soberbio argumento de Charlevoix: á la cacique se la designó con el nombre de Catalina; estaba seguramente bautizada; luego se casó con su amante el pendenciero... Pero volvamos á las minas de Hayna para que los españoles vayan á ellas.

El Díaz y la Catalina vivían juntos y dichosos; pero la memoria de su patria empezó, sin embargo, á atormentar el corazón español. Miguel deseaba volver á la colonia, pero temía el castigo. La india, su mujer en cualquier caso, que le vió triste, penetró con la agudez de una amante la causa de la melancolía de su aragonés; temiendo, pues, que la abandonase para recobrar la compañía de sus compatriotas, estudió los medios oportunos para atraer á los españoles á aquella parte de la isla; y como sabía que el oro era

lo que más excitaba la codicia de los blancos, informó á Miguel de ciertas minas ricas que había en la vecindad. El amante, ó el amante esposo, acogió con entusiasmo la idea de la cacique de que los españoles abandonasen las insalubres y estériles cercanías de Isabela por las fértiles márgenes del Ozema. Díaz, convencido por las averiguaciones que hiciera, de que las minas abundaban en oro, tomó unos guías de entre los naturales, se despidió de su amada por breve tiempo y salió con sus compañeros por en medio de los desiertos para la colonia, que distaba unas cincuenta leguas, lisonjeándose de que la comunicación de tan buenas nuevas le facilitase el perdón del Adelantado. Al llegar supo con júbilo que su adversario estaba curado de la herida, y esto le inspiró nuevo valor para presentarse. No se equivocó. «El Almirante deseaba mudar la colonia á situación más sana y ventajosa, y quería además llevar á España pruebas concluyentes de la riqueza de la isla, como el más eficaz medio de imponer silencio á los depresores de su honra. Siendo ciertas las noticias de Miguel Díaz, podía satisfacer ambos deseos.»

Salió el Adelantado en persona para visitar el Ozema, acompañado de Díaz, Francisco Garay, los guías indios y algunos soldados bien armados. De Isabela pasó á la Magdalena, de ésta, atravesando la Vega Real, al fuerte de la Concepción, y continuando la comitiva hacia el Sur, llegó á una sierra que atravesó por un desfiladero de dos leguas de largo, y descendió á la bella llanura de Bonao. «Poco tardó en llegar al río Hayna que regaba un fértil país y cuyas corrientes contenían

todas mucho oro. En la márgen occidental de este río, á ocho leguas de su embocadura, halló el Adelantado oro más abundante y en partículas mayores que cuantas había visto en parte alguna de la isla, inclusa la provincia de Cibao. Todos los experimentos que hicieron los expedicionarios en varios lugares á unas seis millas en contorno fueron coronados de un buen éxito. El suelo parecía generalmete impregnado de oro, de suerte que un trabajador vulgar, con moderados esfuerzos, podía juntar diariamente tres dracmas. En muchos sitios observaron profundas excavaciones á manera de pozos, que parecían indicar que se habían explotado las minas en tiempos antiguos, circunstancias que les causó mucha admiración, por no conocer los naturales la mineralogía y no extraer más que las partículas que hallaban en la superficie del suelo ó en los lechos de los ríos».

Los informes de Miguel Díaz resultaron, pues, exactos en todo, y el amante, no sólo fué perdonado, sino que obtuvo gran favor y se le empleó en varias funciones que desempeñó siempre con celo y fidelidad, y vivió feliz con su Catalina, esposa ó amante, quien, como queda dicho, le regaló dos mestizos.

ANACAONA.

Anacaona, la esposa favorita de Caonabo, se había refugiado, durante las guerras de este bravo cacique contra los españoles, en el territorio de Jaragua que regía Behechio, su hermano. Tanto la adoraban los indios, y tenía tanta influencia en el gobierno y en el ánimo de Behechio, que más bien parecía ella la soberana. Era la beldad de la isla (Haití), y se cuenta que como poetisa, hábil en componer los areitos ó romances históricos de su nación. Su espíritu, que era tan magnánimo como grandes eran su gracia y su belleza que admiraron los españoles, pudo haber contribuido mucho á aquel grado de superior refinamiento notable en Jaragua. Caonabo había perecido prisionero entre los blancos; pero ella descuidó por varios años las frecuntes y expeditas ocasiones de venganza que se le presentaban en sus dominios, pues sucedió á Behechio. Españoles indefensos vivían seguros en Jaragua. Ese magnánimo espíritu se patentizó en el amistoso trato que tuvo con los invasores. Sin embargo, Anacaona cayó víctima del absurdo de haber conspirado contra una fuerza armada de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios. «Los escritores contemporáneos de mayor autoridad pintan á la viuda de Caonabo

como notable por su dignidad y carácter; sólo Oviedo ha tratado de manchar á esta desgraciada princesa, acusándola de disoluta; pero el crédito de Oviedo es sospechoso casi siempre, por carecer este historiador de tacto para juzgar los hechos».

Con todo, las simpatías de Anacaona por los españoles habían disminuido por la miseria general que produjeran en el país, y por el brutal libertinaje de muchos de ellos. Por último, el triste desenlace de los amores de su bella hija Higuenamota, de que ya hemos hablado, (1) y los sufrimientos que tuvieron que arrostrar sus súbditos por los atroces sistemas de gobierno de Bobadilla y de Ovando, convirtieron su amistad en completa aversión que la agravaba y sostenía la odiosa conducta de los malos españoles que exigían servicios á los caciques inferiores, tiránica y caprichosamente, por la autorización de los repartimientos.

Los indios de Jaragua, por lo mismo que eran los más inteligentes, civilizados y generosos de la isla, eran los más susceptibles de sentir y resistir el insultante é infame trato á que estaban sejetos. "Acontecían, habla la historia, querellas entre los caciques y sus opresores. Inmediatamente se daba al gobernador parte de ellas, calificándolas de peligrosos motines; y la menor resistencia á cualquier extorsión despótica se traducía por oposición á la autoridad del gobierno. Continuamente llegaban á Ovando quejas de esta

(1)—Puede verse **Los amores de Higuenamota.**—A. F. B.

especie, hasta que le persuadió algún alarmista ó malintencionado intrigante, de que los indios tenían formada una conspiración tremenda para levantarse contra los españoles. Salió Ovando sin demora para Járagua, á la cabeza de trescientos infantes armados de espadas, arcabuces y ballestas, y de setenta ginetes con corazas, lanzas y escudos. Pretendía ir sólo á hacer una visita amistosa á Anacaona y á concertar medidas sobre el pago del tributo.

La soberana, los caciques inferiores y los principales súbditos recibieron ricamente al jefe español. Anacaona misma al acercarse Ovando con su ejército, salió á recibirle según la costumbre de su nación, seguida de una numerosa comitiva de sus principales gentes de ambos sexos, que eran de notable belleza. Los españoles fueron recibidos con himnos patrióticos ó populares areitos; y las jóvenes, ondeando ramas de palma, bailaban delante de ellos del modo más halagüeño.

Anacaona trató á Ovando con la gracia y dignidad que le caracterizaban, como diría un cronista de estos tiempos, le dejó en la mejor casa de la población y acuarteló sus tropas en las casas vecinas. Varios días estuvieron el gobernador y los suyos regalándose con las riquezas de la provincia y con bailes, juegos y cantos nacionales.

Á pesar de esto, Ovando estaba persuadido de que Anacaona meditaba en secreto su muerte y la de sus compañeros. La historia no dice la razón en que apoyaba tan absurda creencia; pero es muy probable que se la hayan inspirado los infames aventureros que como una peste infestaban

aquella provincia. No reflexionó Ovando la improbabilidad de que desnudos y desarmados indios se lanzasen contra una formidable tropa cubierta de acero y armada á la europea. ¿Por qué no siguió la conducta de Colón y el Adelantado? No bastaba para la seguridad de los conquistadores apoderarse de los caciques y retenerlos en rehenes? Pero Ovando, que seguía sanguinarios procedimientos y obraba por sospechas infundadas como lo hiciera por convicción, «determinó anticipar la supuesta conjuración por un contra-artificio, y sumergir á aquel pueblo indefenso en un mar de sangre.»

Ovando, á su vez, convidó á los indios á ver los juegos de España. Entre los soldados de la caballería de Ovando se contaba uno que había enseñado á su caballo á corvetear al compás de la música de un violín. La justa se celebraría delante de la casa de Ovando en la tarde de un domingo. Ginetes é infantes tenían sus instrucciones secretas. Aquéllos debían combatir con armas más mortíferas que las cañas y las picas despuntadas, y los infantes vendrían como meros espectadores, pero bien armados y prontos para entrar en acción cuando vieran la señal.

«Á la hora concertada se llenó la plaza de indios deseosos de ver aquel simulacro guerrero. Se juntaron los caciques en la casa de Ovando que daba á la plaza. Ninguno estaba armado; reinaba entre ellos una confianza ciega, incompatible con la negra traición de que se les acusaba. Para prevenir toda sospecha y disipar las apariencias de un designio siniestro, se puso Ovando á jugar después de comer al herrón con

varios de sus oficiales principales, cuando habiendo llegado á la plaza la caballería, pidieron los caciques al gobernador que mandase empezar la justa. Anacaona y la bella Higuenamota, su hija, con otras mujeres indias hicieron la misma petición.»

Ovando dejó el juego, se puso en un sitio visible y dió la funesta señal cuando todo estaba dispuesto según sus órdenes, poniendo la mano en una pieza de oro que llevaba suspendida al cuello, dicen unos, y otros, que sobre la cruz de Alcántara bordada en el pecho. ¡El oro ó la cruz sirviendo al infame de señal para la traición!

«Una trompeta sonó inmediatamente. La casa en que estaban juntos Anacaona y los principales caciques, fué rodeada por la soldadesca que Diego Velázquez y Rodrigo Mejiatrillo mandaban, y no se permitió escapar ninguna. Entraron las tropas, y apoderáronse de ellos, los amarraron á los postes que sustentaban el techo; á Anacaona se la llevaron prisionera. Se dieron después á los desventurados caciques horribles tormentos, hasta que algunos en la extremidad de la angustia, se vieron forzados á acusarse á sí mismos y á su reina de haber entrado en supuesta conspiración. Acabada esta cruel mofa de las formas judiciales, en vez de pasar á nuevo examen, se pegó fuego á la casa, y todos los caciques perecieron míseramente en las llamas.

«Mientras los caudillos perecían víctimas de semejante barbarie, era la plaza teatro de escenas aún más horribles. A la señal de Ovando se precipitaron los ginetes por entre la indefensa y desnuda muchedumbre, atropellando á la gente

con los caballos, hiriéndola con las espadas y traspasándola con las lanzas. No hubo misericordia para edad ni sexo; todo fué carnicería. Alguna vez un caballero, ó por piedad, ó á impulso de la avaricia, quería salvar en sus brazos á un niño; pero las lanzas de sus compañeros le despedazaban ferozmente al punto mismo. La humanidad se desvía con horror de semejantes atrocidades, y querría desmentir la historia; pero están prolijamente descritas por el venerable obispo Las Casas, residente á la sazón en la isla y relacionado con los actores principales de esta tragedia. Pudo haber recargado fuertemente la pintura en su indignación habitual cuando se trataba de las injurias hechas á los indios; pero por la coincidencia de diversos relatos, y por muchos casos que hablan por ellos mismos, la escena debió haber sido sangrienta y atroz. Oviedo, alto panegirista de la justicia, devoción y afabilidad de Ovando, y de su bondadoso trato de los indios, y que visitó la provincia algunos años después, recuerda varias de las anteriores circunstancias, especialmente el juego del herrón en que con tanta sangre fría estaba el gobernador divirtiéndose al ir á comenzar tan tremendo acto, y la quema de los caciques, que dice fueron más de cuarenta. Diego Méndez, que estaba entonces en Jaragua, y sin duda se hallaría presente en ocasión tan importante, dice incidentalmente en su última voluntad y testamento, que hubo ochenta y cuatro caciques quemados ó ahorcados. Las Casas recuerda que entraron en la casa ochenta caciques con Anacaona. El destrozo de la multitud debió ser grande, y se cometió contra una

muchedumbre desarmada é indefensa. Varios que escaparon huyeron en sus canoas á una isla llamada Guanabo, á unas ocho leguas de distancia. Se les persiguió y condenó á la esclavitud.

«La princesa Anacaona fué conducida á Santo Domingo cargada de cadenas. Se le concedió la apariencia de un proceso criminal, en que salió inculpada por las declaraciones que el tormento arrancó á sus súbditos, y por el testimonio de sus verdugos, y fué ahorcada ignominiosamente en presencia del pueblo á quien tanto y por tanto tiempo había protegido. (1503) Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta desventurada princesa; pero tenía por costumbre acriminar el carácter de los príncipes indios que perecían víctimas de la ingratitud é injusticias de sus compatriotas.

«Después de la carnicería de Jaragua continuó aún la destrucción de sus habitantes. El sobrino favorito de Anacaona, el cacique Guaora, que había huido á las montañas, fué cazado como una fiera, y acabó también en la horca. Por seis meses continuaron los españoles de vastando el país á pie y á caballo, bajo pretexto de apagar las sediciones».

Ovando, en conmemoración á su triunfo, fundó una ciudad á la que puso Santa María de la Verdadera Paz....!

Esa conducta de Ovando–digámoslo en honor de una reina de quien hablan con entusiasmo todos los historiadores–causó indignada impresión en Isabel, justiciera soberana que en su lecho de muerte pidió á su esposo el rey Fernando, que aquel inhumano gobernador fuese destituido del

mando, en castigo de la matanza de los pobres naturales de Jaragua y de la cruel é ignominiosa muerte de Anacaona.

JUAN DE LA COSA.

Dice Washington Irving que aunque la historia de los descubrimientos hechos por los españoles abunda en nobles y generosos rasgos de carácter, pocos le interesan tanto como el ejemplo de lealtad, sostenido hasta el último suspiro, del experimentado piloto vizcaíno Juan de la Cosa. Es verdad; pero ninguno de esos rasgos puede compararse, por alto que sea, con el sacrificio de Mayobanex. (1) Sin intentar un paralelo, diríamos que si la lealtad del piloto para Ojeda fué heroica, la del cacique para Guarionex es sublime. Ojeda era socio de la Cosa en una empresa en que el vizcaíno tenía comprometida su fortuna, y Guarionex un simple amigo y huésped de Mayobanex. La Cosa expiraba también gloriosamente por su patria, mientras que Mayobanex sucumbió por respetar los fueros de la hospitalidad que un salvaje los comprendía mejor que no los comprenden miles de civilizados. Son hermosas las últimas palabras de la Cosa: «*Contadle mi muerte á Ojeda*»; pero mucho más lo es la contestación del cacique á sus súbditos que le pedían con lastimosos gritos que salvase la patria, entregando al fugitivo Guarionex: «*Antes sufriré todos los reveses que dar margen á que se diga: Mayobanex vendió á su huésped*».

---

(1) Puede verse **Mayobanex**.—Nota del A.

*
* *

Cuando Alonso de Ojeda estaba arruinado como casi siempre en Santo Domingo (1509), y sus amigos deseaban que fuese él la persona escogida por el rey Fernando para la expedición á Veragua, que el soberano tenía en el pensamiento, Juan de la Cosa, que había viajado con Ojeda y estimaba en mucho al apresador de Caonabo, le ofreció ayudarle con su caudal en el buen éxito de esta expedición. Ojeda aceptó el ofrecimiento y obtuvo por medio de la Cosa el gobierno, si no el de Veragua por la competencia que le promovió Diego de Nicuesa, el de la parte del continente inmediata del istmo de Darién, que se extendía hasta el cabo de la Vela. Otra persona, el bachiller Martín Fernández de Enciso, entró también con su fortuna en la empresa de Ojeda, y éste y la Cosa, su teniente gobernador, salieron para el puerto de Cartagena, á donde llegaron á fines del otoño de 1509. La Cosa, mientras acompañó á Ojeda, fué su mentor y no le abandonó jamás en los mayores peligros.

El gobernador de Nueva Andalucía desembarcó la mayor parte de sus fuerzas contra el consejo de la Cosa que le decía que escogiese para fundar el establecimiento el golfo de Uraba. Los naturales de este punto eran menos feroces y no envenenaban sus flechas, mientras que en la costa de Cartagena las mujeres se batían como los hombres, mezclándose con ellos en la refriega, siendo muy diestras en disparar el arco y arrojar una especie de lanza llamada azagaya, y las heridas que causaban las armas indias eran

terriblemente mortales por el veneno. La Cosa temía por la seguridad de una empresa en que estaban comprometidos su caudal, su dignidad y su persona. Ojeda no hizo caso, pues era demasiado orgulloso para que el temor á unos enemigos desnudos alterase sus planes; así es que se adelantó á los salvajes y ordenó á los frailes que leyesen el curioso ultimátum que los profundos teólogos y juristas de España habían arreglados Los de Cartagena contestaron al manifiesto de Ojeda y otras señales de paz y amistad, con blandir sus armas, sonar sus caracoles de guerra y prepararse al combate. Juan de la Cosa volvió á instar al indómito Ojeda para que abandonase aquellas hostiles playas, pero todo fué en vano. Ojeda confió ciegamente en la protección de la Virgen, hizo como siempre una corta oración á su patrona, desenvainó la espada, embrazó el escudo y cargó furiosamente sobre los salvajes. La Cosa le siguió con tanto denuedo, que cualquiera diría que él había deseado la batalla. Los indios fueron arrollados y derrotados: muchos murieron y algunos cayeron prisioneros, y sobre sus cuerpos se encontraron bastantes planchas de oro. La Cosa siguió aconsejándole á Ojeda que se retirasen; pero el temerario tomó por guías unos prisioneros y se internó. Copiemos íntegramente á Washington Irving:

«Una vez en medio del bosque, llegaron donde estaba el grueso del enemigo, cuya numerosa fuerza aguardaba preparada para recibirlos, armados de clavas, lanzas, flechas y escudos. Ojeda dió una carga con el grito de guerra que acostumbraban los castellanos: ¡*Santiago, a ellos*!

Los salvajes se dispersaron en todas direcciones: sólo ocho de los más valientes se guarecieron en una choza, manejando con tal destreza sus armas, que los españoles no se atrevían á acercarse. Ojeda gritó á los suyos, diciéndoles sino tenían vergüenza de dejarse vencer por ocho hombres desnudos. Herido de esta invectiva, un viejo soldado castellano pasó entre una multitud de flechas, y violentó la puerta de la cabaña; pero atravesándole un dardo el corazón, quedó muerto en el acto. Furioso Ojeda, mandó prender fuego á la choza que quedó en pocos minutos reducida á pavezas, pereciendo los ocho guerreros en las llamas».

«Hicieron setenta cautivos; los mandaron á los buques, y Ojeda, desoyendo siempre las amonestaciones de Juan de la Cosa, continuó su encarnizada persecusión al través de los bosques. Ya oscurecía, cuando llegaron á un pueblecito llamado Yurbaco, cuyos habitantes se habían refugiado al monte con sus mujeres y efectos de valor: creyendo los españoles que los indios estaban completamente aterrorizados y dispersos, se diseminaron en busca de botín por las casas desiertas que estaban esparcidas acá y allá, á bastante distancia unas de otras entre los árboles. Mientras andaban así separados, se echó sobre ellos una nube de salvajes que salían en todas direcciones, aullando furiosamente. Los españoles trataron de reunirse para protegerse mutuamente; pero cada pequeña fracción estaba rodeada de innumerables enemigos. Se defendieron con desesperado valor, mas por esta vez ni su esfuerzo ni su armadura de hierro les sirvió de nada; fueron confundidos

por el número, sucumbiendo bajo las clavas y las agudas flechas envenenadas».

«Ojeda, en el primer momento de alarma, pudo reunir algunos soldados y atrincherarse en una empalizada. Allí fué estrechamente sitiado y acosado por nubes de flechas. Echóse al suelo de rodillas, cubriéndose con el escudo, y como era pequeño y ágil, pudo manejarse y defenderse de esta mortífera lluvia; pero todos sus compañeros fueron muertos á su derredor, pereciendo la mayor parte entre horrorosas convulsiones. En este crítico momento se presentó la Cosa seguido de algunos compañeros que acudían á socorrer á su comandante».

«El valiente vizcaíno se estacionó en la puerta de la empalizada, haciendo retroceder á los salvajes, mientras que casi todos los suyos perecían y él mismo recibía mortales heridas. Entonces Ojeda, arrojándose como un tigre en medio de los combatientes, repartió la muerte por todas partes. La Cosa hubiera querido seguirle, pero estaba acribillado de heridas, y se refugió con el resto de su gente en una cabaña, cuyo techo de estera arrancaron para que no la prendiesen fuego. Allí se defendió hasta que todos sus compañeros, menos uno, perecieron. El veneno sutil de sus heridas había comenzado á obrar, y cayó al fin exánime. Conociendo que iba á morir, llamó al único de sus compañeros que sobrevivía, y le dijo: «Hermano, ya que Dios os ha protegido hasta ahora conservándoos sin lesión, salid y corred; y si alguna vez veis á Alonso de Ojeda, contadle mi muerte».

«De este modo sucumbió el esforzado Juan de la Cosa, llevando su fidelidad y abnegación hasta el último momento.....

.....

.....Al morir, no manifestó otro deseo que el de que le recordaran su muerte á aquel por quien la recibía.....

.....

.....El español que logró escapar para contar la historia de su fin, fué el único que quedó de setenta que siguieron á Ojeda en aquella temeraria y precipitada correría».

LA VENGANZA DE NICUESA.

Por los años de 1508 Alonso de Ojeda se encontraba en la Española tan pobre de bolsillo como petulante y orgulloso; como era de suyo descuidado y derrochador, siempre estaba pobre, aun cuando la fortuna le favoreciese. El premio que obtuvo de su viaje anterior á Coquibacoa (Venezuela), provincia que había descubierto en el primero, fué una prisión y un proceso; salió triunfante, pero arruinado, pues aunque mandaron devolverle lo que le pertenecía, las costas del juicio absorbieron el tesoro que había ganado.

La avaricia del rey Fernando se excitó al extremo con las relaciones de Colón sobre la riqueza de las minas de Veragua. El Almirante creía haber dado con el Áureo Quersoneso de los antiguos, de donde Salomón extrajo el oro para la construcción del templo de Jerusalén; y varios viajeros corroboraron este juicio en tales conceptos, que Fernando resolvió establecer nuevas colonias á lo largo de la costa y colocar al frente un comandante de capacidad. Muerto el Almirante, el hombre á propósito para el caso era don Bartolomé Colón; pero el monarca, astuto é interesado como pocos, sabiendo que el Adelantado era tan exigente en condiciones como su hermano, determinó llevar á cabo sus fines con agentes menos costosos.

Entre la multitud de aventureros formados en la escuela del Almirante, Alonso de Ojeda era considerado por sus amigos el más apto para tal empresa, porque su carácter belicoso y la intrepidez que revelaban sus hazañas le habían hecho célebre. Sus amigos, pues, creían que si él presentaba una petición al respecto, sería atendido, contando, como contaba, con un protector en la corte, el obispo Fonseca; pero Ojeda estaba á la cuarta pregunta. Casualmente residía en Santo Domingo el veterano piloto Juan de la Cosa, el Néstor de los marinos españoles de su época; y el piloto, que era un atrevido vizcaíno que había ya viajado con Ojeda y estimaba mucho los arrestos del joven aventurero, y que había ganado algún caudal en sus navegaciones, le ofreció ayudarle, con la franca generosidad de un marino, en el buen éxito de sus negocios.

Ojeda aceptó con placer los ofrecimientos de Juan de la Cosa, y éste partió para España á conseguir para su amigo el mando de Costa Firme. El obispo Fonseca apoyó en la corte las miras de Ojeda, recomendándole ante el ambicioso y fanático rey como el hombre más á propósito para extender el imperio del cristianismo entre los salvajes.

La recomendación del obispo era formidable, y la opinión del veterano la Cosa de gran peso hasta para el rey; pero se le había presentado á Ojeda un rival que ofrecía la ventaja de tener mayores recomendaciones y más dinero, Diego de Nicuesa, cortesano de noble cuna, que había sido maestresala de don Enrique Enríquez, tío del soberano. Nicuesa era un temible competidor

para Ojeda: tenía la misma naturaleza, la misma educación y las mismas costumbres de éste. «Ambos eran de poca estatura, pero notables por la simetría é igualdad de sus formas, la fuerza de sus músculos y la actividad de sus espíritus; los dos eran maestros en el manejo de todas las armas, y muy diestros, no sólo en las suertes de agilidad, sino en los graciosos y caballerescos ejercicios que los hidalgos españoles de aquellos tiempos habían heredado de los árabes. Nicuesa se había hecho notable por su vigor y destreza en las justas al estilo de los moros. Ni el mismo Ojeda le sobrepujaba en el arte de la equitación, y se decía que tenía una yegua favorita á la que hacía saltar y caracolear en cadencia al sonido de una viola. Además, estaba muy versado en la lectura de las baladas ó romances de su país, y tocaba perfectamente la guitarra».

Era muy difícil, pues, decidir entre Ojeda y Nicuesa; el interesado y político rey, por lo tanto, evitó el dilema: favoreció á los dos con despachos y dignidades á manos llenas, que no le costaban nada y podían producir mucho, pero á ninguno de ellos le suministró buques ni dinero, y dividió la parte del continente situada á lo largo del istmo de Darién en dos provincias, cuya línea de demarcación atravesaba el golfo de Uraba. La parte oriental hasta el cabo de la Vela se llamó Nueva Andalucía, y su gobierno se confió á Ojeda, y la occidental hasta el cabo de Gracias á Dios, incluso Veragua, á Nicuesa. La isla de Jamaica se concedió á los dos como punto de donde podían abastecerse. Cada uno de los gobernadores levantaría dos fortalezas en su jurisdicción, y por es-

pacio de diez años disfrutaría de los productos de las minas que descubriese, pagando á la corona una décima el primer año, la novena el segundo, la octava el tercero, la séptima el cuarto y la quinta los años restantes. ¡Era bastante generoso el rey Católico!

Juan de la Cosa, infatigable agente de Ojeda, fué nombrado teniente gobernador con el empleo de alguacil mayor de la provincia. Fletó un barco y dos bergantines y embarcó en ellos sus hombres. El armamento no era considerable, porque la bolsa de la Cosa no se hallaba muy llena y la de Ojeda estaba completamente vacía. Nicuesa, por el contrario, abundando en recursos, armó cuatro bajeles y dos bergantines, alistó mucha gente y salió bien armado y mejor provisto de víveres y utensilios para el Áureo Quersoneso de su imaginación.

Las dos armadas rivales llegaron á Santo Domingo. Á Ojeda le mortificaba ver la inferioridad de su pequeña flota, comparàndola con la de Nicuesa, cuyos magníficos bajeles se mecían gallardamente en el puerto, y estaba, además, convencido de que sus medios eran escasos para el establecimiento de la proyectada colonia; pero Ojeda no era de los que se apuran por falta de dinero; aunque pródigo, sabía vaciar el bolsillo de sus compañeros: deslumbró al bachiller Martín Fernández de Enciso con la oferta de hacerle alcalde mayor, le imbuyó la afición á las aventuras y le sacó el dinero. Era Enciso un abogado de fama que se encontraba entre la población mixta de la isla, que había ganado dos mil castellanos (unos 10.650 duros) de sus clientes, porque la manía de

pleitos fué uno de los frutos que la civilización trajo á América, sobresaliendo los colonos españoles en esto. El bachiller arriesgó todo su dinéro en la empresa de Ojeda.

Dos gobernadores rivales como Ojeda y Nicuesa no podían permanecer mucho tiempo en la capital de la isla sin que entre ellos se suscitara alguna controversia. Jamaica, cuyo gobierno se les había dado á ambos en común, fué la primera causa del rompimiento, y la provincia de Darién, que los dos trataban de incluir en los límites de su jurisdicción, la segunda. Se acaloraron tanto en su disputa sobre el particular, que el país se enteró de ellas. Nicuesa, que se había criado en la corte, que era político, sagaz y ceremonioso, que sabía dominarse y que poseía el don de la palabra, dejó perplejo á su rival con sus argumentos. A Ojeda faltábale todo esto, pero sabía manejar muy bien la espada, y «hallábase dispuesto siempre á zanjar con ella cualquiera cuestión de derecho ó dignidad que no alcanzase á zanjar con la lengua»; de consiguiente, propuso dar cima á la disputa con un duelo. Nicuesa era tan valiente como él; pero tenía más mundo y conocía la locura de semejante medio. Burlándose en sus adentros del calor de su rival, propuso, como preliminar del duelo y para que la contienda tuviese algún valor, que cada uno depositase cinco mil castellanos que sería el premio de la victoria. Con esta proposición recibió un inesperado golpe el orgulloso Ojeda que no poseía una blanca, pero que era demasiado vano para confesarlo. Ojeda, pues, no insistió en el duelo, con tanta mayor cordura cuanto que su teniente la Cosa hizo lo

posible por calmarle. El piloto hizo más: persuadió á ambos rivales á conformarse con que el río Darién fuese la línea divisoria de sus respectivas jurisdicciones.

Ojeda y Nicuesa salieron á los lugares de sus gobiernos. Entre los más notables oficiales que se embarcaron con el primero estaba Francisco Pizarro, célebre después por su conquista del Perú, y Hernán Cortés le hubiera acompañado también, pero estaba enfermo.

En el puerto de Cartagena (á fines de 1509), Ojeda, á pesar de las oportunas advertencias de Juan de la Cosa, de que abandonara aquella peligrosa vecindad y fundase su establecimiento en el golfo de Uraba, donde los indios eran menos feroces y no envenenaban sus flechas, desembarcó con la mayor parte de sus guerreros y unos cuantos frailes. Se adelantó á los salvajes y les leyó por medio de los frailes el manifiesto de su nombre; y como aquellos no sólo no hicieron caso del ultimátum, sino que blandieron sus armas, sonaron sus caracalos de guerra y se prepararon al combate, los atacó, derrotó y persiguió. En vano su leal teniente le aconsejaba que no continuase la persecusión, pues Ojeda, engreído con el triunfo, penetró en medio del bosque, donde el enemigo estaba fuertemente preparado para recibirle. En un pueblecito indio llamado Yurbaco fué el desastre. Ojeda y los suyos ejecutaron proezas; pero Juan de la Cosa murió, y á él le encontraron después los que habían quedado en los buques, tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga, que no podía articular palabra.

Estaban los españoles en la playa, prodigán-

dole cuidados á su jefe, cuando avistaron una escuadra que se dirigía á Cartagena: era la de Nicuesa. Ojeda entonces, recordando su descompuesta conducta é intempestivo desafío, y reflexionando que si el otro gobernador le buscaba como enemigo, él, Ojeda, no estaba en situación ni aun de defenderse, ordenó á su gente que se volviesen á bordo y le dejaran solo en la playa, hasta que Nicuesa abandonase aquellos sitios, sin revelarle á nadie el lugar donde se hallaba oculto.

La primera pregunta de Nicuesa, así que hubo entrado en el puerto y que los de Ojeda salieron á encontrarle, fué preguntar por la suerte de su antiguo enemigo. Los compañeros de éste le respondieron que su comandante había ido á un reconocimiento en el interior del país, y que hacía días que nada sabían de él, por lo que estaban temiendo que alguna desgracia le había pasado. Suplicaron á Nicuesa que les asegurase, bajo su palabra de honor, que no molestaría á Ojeda, ni aprovecharía la ventaja que le proporcionaban sus desgracias para vengarse de las pasadas disputas, si realmente le había ocurrido lo que ellos temían.

Nicuesa era todo un caballero de alma noble y generosa; se irritó, pues, al oir semejante súplica. «Buscad á vuestro comandante inmediatamente, les dijo, y traédmelo si vive, que yo empeño mi palabra, no sólo de olvidar lo pasado, sino de ayudarle como á un hermano».

Nicuesa abrió los brazos para recibir á Ojeda. «No es de caballeros como nosotros, dijo, sino de almas bajas, el recordar pasadas desaveniencias cuando nos necesitamos el uno del otro. Todo lo

que ha habido entre nosotros debe olvidarse. Disponed de mí como si fuera vuestro hermano, que yo y mi gent eestamos á vuestras órdenes para seguiros donde queráis, hasta que la muerte de Juan de la Cosa y demás compañeros quede vengada».

Y los dos gobernadores, que ya no eran rivales, después de vengar señaladamente á Juan de la Cosa y los otros españoles que con él habían perecido, se separaron con las mejores muestras de amistad, permaneciendo desde entonces en leal armonía.

PRUEBAS INDIGENAS.

Alonso de Ojeda parecía invulnerable; él mismo creía que lo era como Aquiles, y los indios llegaron á suponerlo también. En verdad que debía considerarse un prodigio el que saliese sin ningún rasguño ni contusión de los innumerables lances en que exponía su vida. Se había visto en batallas campales y en combates de hombre á hombre en las guerras con los moros y los indios, y en toda clase de encuentros á que le inclinaba su ánimo fiero, inflamable y romántico, y había salido siempre ileso. Su superstición y la de los indios al respecto eran de distinto carácter: la suya podiéramos llamarla ilustrada, como que provenía de la clásica fe del paganismo católico, y la de los naturales del Nuevo Mundo era propia del espíritu salvaje de estos habitantes que creían que había algo de hechizo en Ojeda. Él se consideraba estar bajo la protección de la Virgen María, por lo que jamás abandonaba en la población ni en el campo la imagen de la reina de los cielos, regalo que le había hecho el obispo Fonseca; y el indio tenía á los españoles como entes sobrenaturales dueños del rayo y demás elementos destructores. Pero los indios de Uraba, (Colombia), que en su audacia se aproximaron á las murallas de San Sebastián, ciudad que Ojeda había fundado sobre una altura al Este del golfo del mismo

nombre, quisieron hacer una prueba para cerciorarse de la invulnerabilidad del indómito español que él solo les hacía más muertos que todos sus soldados juntos. Cuatro de los mejores arqueros indios se emboscaron al efecto, y unos cuantos guerreros, dirigiéndose al fuerte, provocaron y desafiaron á los españoles. Aquéllos tenían orden de apuntar á Ojeda exclusivamente. «Salió Ojeda furioso á la cabeza de su gente, y los indios huyeron hacia el punto de la emboscada: perseguíalos él con encarnizamiento, y así que le tuvieron á tiro, dispararon sobre él sus mortíferos dardos, de los cuales tres dieron en el escudo y el cuarto le atravesó el muslo. Satisfechos los salvajes con haberle herido, se retiraron exhalando gritos triunfantes de alegría». (1509) ¡Era la primera vez que Ojeda derramaba su sangre en el combate! De sus ojos no se apartaba la horrible muerte de sus compañeros que perecían con el rabioso frenesí ocasionado por el veneno!

Refiere Washington Irving, de quien nosotros tomamos los elementos de este episodio, como él los tomó de Las Casas y Charlevoix, que «uno de los síntomas era un frío penetrante que taladraba, digámoslo así, la herida, y esto hizo que le ocurriese (á Ojeda) un remedio que nadie más que él hubiera podido soportar: mandó enrojecer dos planchas de hierro, y ordenó á un cirujano que se las aplicase sobre las dos bocas de la herida. El cirujano se estremeció y negó diciendo que no quería ser el asesino de su general. Ojeda le juró que si no le obedecía le haría ahorcar; por cuya razón accedió, y aplicó los hierros candentes á la herida. Durante la operación no quiso

que nadie le sujetara ni ayudase, sufriendo sin proferir ni una sola queja, à pesar de haberse inflamado todo el sistema hasta necesitar envolverle con sábanas empapadas en vinagre para templar el ardor que le abrasaba; se asegura que se gastó un barril de vinagre. Con este remedio desesperado se curó».

* * *

Otra prueba más convincente que la anterior hicieron los indios de Puerto Rico para asegurarse de si los españoles eran mortales. (1509).

Juan Ponce de León ejercía el gobierno de la isla, llevándolo todo á punto de espada. Los pobres indios que tan cariñosamente habían recibido á los españoles, conocieron pronto la diferencia que había de huéspedes á conquistadores. Los más valientes y atrevidos propusieron insurreccionarse y degollar á sus opresores; sin embargo, la mayor parte de los indios creían que los españoles, como seres sobrenaturales, eran incapaces de morir. Pero Bayoán, un cacique tan escéptico como astuto, determinó poner á prueba semejante inmortalidad. Cuando pasaba por sus tierras un joven español de nombre Salcedo, mandó que una partida indígena le escoltase; los indos llevaban instrucciones secretas de cómo obrarían. Al llegar á un río tomaron en brazos á Salcedo para pasarle; pero en la mitad de la corriente le dejaron caer y se le echaron encima, oprimiéndole debajo del agua hasta no ahogarle. Arrastraron el cuerpo á la orilla, y dudando de que estuviese muerto, empezaron á llorar y á gritar, disculpándose del atentado. Bayoán acudió á examinar el cuerpo, y lo declaró cadáver, dicien-

do: *Mortus est.* No lo dijo en latín, sino en su lengua, que de haber sabido la del Lacio se hubiera expresado en ella para hacer una declaración de carácter tan grave.

Convencidos los isleños, pues, de que los españoles eran mortales como ellos, formaron una conspiración general para destruirlos, de la cual fué primer motor el cacique Agueybaná.

LA CONSPIRACION DE AGUEYBANA.

Juan Ponce de León gobernaba con mano tan fuerte la isla de Puerto Rico (1509), que exasperó á los soberanos naturales. El cacique Agueybaná, hermano y sucesor del generoso jefe del mismo nombre, que había recibido cariñosamente á los españoles cuando entraron en la isla, fué el principal motor de una conspiración contra los conquistadores. Á Agueybaná le había tocado la suerte de caer en el repartimiento de don Cristóbal de Sotomayor, ex-secretario de Felipe I el Hermoso y hermano del conde de Camina. Sotomayor le trataba bien; pero su indómito carácter no sufría el yugo del vasallaje. Reunióse en secreto con los demás caciques; los planes de la conspiración se concertaron. Ya los habitantes de la antigua Borequén no tenían, por la convincente prueba de Bayoán en el desgraciado Salcedo, la absurda idea de que los españoles eran inmortales (1). Un cacique de inferior rango debía sorprender á media noche, á la cabeza de 3000 guerreros, el pueblo donde habitaba Sotomayor, cercar la población, prender fuego á las casas y matar á los moradores. Agueybaná se reservó la honrosa tarea de entenderse personalmente con el que había sido secretario del padre de Carlos V.

Sotomayor tenía entre los indios un amigo que era caballero de gallarda presencia y de insi-

(1) ¡ Veáse Pruebas indígenas. A.F.B.

nuantes modales, quien se había captado el amor de una princesa india, nada menos que hermana da Agueybaná, la cual, mujer al fin, sabiendo lo suficiente de la conspiración, y apreciando la vida de su amante que correría la misma suerte de don Cristóbal, en más que la salvación de su hermano y de toda su tribu, le reveló los secretos conciertos á su doncel. Éste, por supuesto, le dió el oportuno aviso á Sotomayor; pero el ex-secretario poseía una de esas almas cándidas que tanto abundan, por mala que sea la humanidad, y lo desdeñó. La revelación de la princesa la recibió como visiones de enamorada. Otro español, versado en el idioma y las costumbres de los naturales, le dió aviso más significativo. Como viese una tarde este español á una porción de indios pintados y aderezados á su estilo guerrero, sospechó que se trataba de algo grave; se pintarreó entonces, y favorecido por la oscuridad de la noche, se mezcló en la reunión sin que lo advirtiesen. Los naturales, al rededor de una hoguera, ejecutaban sus místicas danzas bélicas al son de un areito ó balada religiosa: las estrofas hablaban de venganza, de degüello, de Sotomayor, etc. Éste llegó á comprender que debía estar alerta; pero determinando en consecuensia ir al día siguiente á ver á Ponce de León á la casa fuerte de Caparra, donde permanecía el gobernador, cometió la torpeza ó temeridad de acudir al mismo Agueybaná para que le mandase unos indios á fin de llevar sus efectos. Sotomayor partió ligeramente armado y acompañado de dos ó tres españoles, aunque estaría á la merced de cualquier traición al atravesar espesos y solitarios bosques.

Agueybaná vió la salida de su víctima, partió poco después de él y le siguió á corta distancia por en medio de los bosques con algunos guerreros escogidos. Alcanzó al incauto caballero, y saliendo repentinamente de la espesura le asaltó con su horroroso grito de guerra, y antes de que Sotomayor se repusiese le tendió en el suelo de un terrible golpe de clava. El cacique y los suyos acabaron de matarle á porrazos; los otros españoles participaron de la misma suerte.

Entre tanto los salvajes habían cumplido su designio de destruir el pueblo de Sotomayor: á media noche prendieron fuego á los techos de palma de las casas, y atacaron á los blancos que huían para librarse de las llamas. Algunos españoles murieron en la primera embestida, y todos hubieran perecido, si un valiente llamado Diego Salazar no hubiese reunido á sus compatriotas é inspirádoles su heroísmo: Salazar logró conducirlos, aunque estropeados, á la casa fuerte de Ponce de León en Caparra, á la que fueron llegando otros en todas direcciones contando el cuento de las muertes y conflagración general.

Por esta vez la insurrección proyectada por los indios contra los blancos se llevó á efecto: todos los pueblos fueron sorprendidos, más de ciento de sus habitantes asesinados, y el resto tuvo que refugiarse en la fortaleza.

Pero Ponce de León, aunque pudieran tenerle por un gobernador sin territorio y un general sin soldados, se estuvo mal su grado quieto en la fortaleza, desde donde despachó mensajeros a la Española en solicitud de socorro. Entretuvo al enemigo, conservándose á garantizadora distancia,

y dividió sus reducidas fuerzas en tres grupos de treinta hombres cada uno, bajo el mando del heroico Salazar, Miguel de Toro y Luis de Anasco que hacían salidas dispuestas por él y practicaban repentinas sorpresas, asaltos y emboscadas. Entre sus auxiliares se contaba su perro llamado Becerrillo, «famoso por su valor, fuerza y sagacidad; se dice que sabía distinguir á los indios aliados de los que eran enemigos; con los primeros se mostraba dócil y cariñoso, y con los segundos implacable y fiero; fué el terror de los naturales no acostumbrados á ver animales tan feroces, y en aquella guerra prestó él solo mayores servicios que muchos soldados. Considerábasele tanto por sus altas proezas, que su dueño recibía por él la paga, ración y parte en el botín asignados á los arqueros, que eran los que cobraban mayor estipendio»

El anciano y aguerrido Juan Ponce de León salió á tomar venganza de los que le tenían casi confinado, en cuanto le llegaron fuerzas de la Española.

Agueybaná fué el héroe de la guerra, aunque primero el gobernador le derrotara con muchas pérdidas, cogiéndole de improviso, mientras él creía que Ponce estaba encerrado en Caparra. A los indios les acometió un terror pánico cuando vieron que quedaban tantos españoles, después de los muchos á quienes habían asesinado; se figuraban que los muertos por ellos volvían á la vida, y con ésto perdieron la esperanza de vencer á unos hombres que se levantaban de la tumba más valientes y vigorosos; pero Agueybaná, desdeñando ese combate, obligó á sus compatriotas á

reunir sus fuerzas para decidir por medio de un asalto su suerte y la de la isla.

Juan Ponce, que tendría unos ochenta hombres á su disposición vestidos de acero y á prueba de las flechas de los salvajes, sin reflexionar en lo que iba á hacer, los llevó al punto que ocupaban sus enemigos; y como era tan astuto como resuelto, aunque casi se arrepintió de su temeridad, dió á algunos soldados orden de avanzar y entretener á los indios, mientras él formaba á la ligera una especie de fortificación para parapetarse con el resto; así que estuvo terminada, metió su fuerzas en ella y se mantuvo á la defensiva. Agueybaná atacó varias veces, pero fué rechazado siempre con pérdidas.

Furioso el cacique al ver las bajas de los suyos y de qué modo se burlaba de sus numeresas huestes un puñado de españoles, y creyendo que si se aprovechaban de la noche los enemigos se le escaparían, reunió al rededor de sí los más reputados guerreros y se aventuró á un asalto general; pero al acercarse á la fortaleza recibió una herida mortal de arcabuz y cayó muerto en el acto.

El diestro Juan Ponce se aprovechó de la desolación que entre los indios causara la muerte de Agueybaná, para emprender la retirada y poder salir de la crítica posición en que su imprudencia le había metido. Sin embargo, algunos valientes y atrevidos oficiales hubieran querido emprender la refriega; pero el experto veterano les dijo:

«No, no, vale más prolongar la guerra que comprometerlo todo en una sola batalla».

CARETA Y SU HIJA.

Vasco Núñez de Balboa (1511), que aspiraba al cargo de gobernador de Darién, «sabiendo que no había demostración más convincente para el rey Fernando que la de enviarle grandes remesas de oro, con lo cual se olvidaban todos los pecados cometidos en el Nuevo Mundo, su primer objeto (en Darién) fué averiguar los sitios que en el país abundaban más en este precioso metal. Habiendo oído relaciones exactas acerca de la provincia de Coiba (que regía el cacique Careta), distante de Darién unas treinta leguas, mandó á Francisco Pizarro (futuro conquistador del Perú), con seis hombres para que la explorase».

Salió Pizarro con los seis, y apenas habían andado tres leguas río arriba, cuando Zemaco, señor natural de Darién, que fomentaba la rebelión contra los blancos, y andaba rondando con sus guerreros cerca de la colonia, se emboscó en sitio á propósito para destruir aquel pequeño destacamento, al tener noticias por sus espías de la salida de él. Pizarro y los suyos fueron asaltados por una hueste de salvajes que salieron repentinamente de la espesura, dando aullidos espantosos y descargando sus armas, y aunque maltratados, los derrotaron; pero se retiraron velozmente, temerosos de otro asalto, menos un español, Francisco Hernán, que quedó mal herido en el campo.

Llegaron á la colonia estropeados y chorreando sangre; y cuando Balboa supo los pormenores del encuentro, se enfureció contra Pizarro, y le ordenó que á pesar de sus heridas, volviese en el acto á recoger á Francisco Hernán. «Que no se diga, fueron las palabras de Balboa, que ha habido españoles que huyeron de los salvajes, dejando un camarada en su poder». Pizarro sintió la fuerza de esta reconvención, volvió al sitio del combate y trajo consigo á Hernán.

Dos españoles vagos de la selva que habían estado bajo la protección de Careta, cacique de Coiba, le dieron á Vasco Núñez noticias preciosas de esa provincia. Los tales eran prófugos de los buques de Diego de Nicuesa, y por temor al castigo se habían refugiado en Coiba, en donde Careta los trató con benévola hospitalidad, en premio de lo cual lo primero que hicieron al encontrarse con unos marinos de Balboa que los recogieron, fué aconsejarles que invadiesen la tierra del cacique, pues allí hallarían un inmenso botín. Esos vagos tenían ya pintorreado el cuerpo y la apariencia de salvajes.

Vasco Núñez de Balboa, entonces, salió con ciento treinta hombres para Coiba. Careta le recibió con la acostumbrada hospitalidad de los salvajes, dándole á él y su gente de comer y beber de cuanto tenía; pero Balboa le pidió una gran cantidad de provisiones, y como el cacique le contestara que no le era posible presentársela, porque las tierras estaban sin cultivo, á causa de la guerra con su vecino Ponca, uno de aquellos vagos que se había puesto al lado de Careta para venderle, le aseguró á Balboa que había enorme

cantidad de provisiones almacenadas en secreto. El miserable, además, le aconsejó que lo mejor sería fingir que regresaban á Darién con la tropa, creídos de las palabras de Careta, para volver de noche á sorprender la población. Así lo hizo Balboa. Despidióse cordialmente del cacique y tomó el camino de Darién; á media noche, mientras dormían profundamente los salvajes, sorprendió el pueblo, y antes de que los habitantes pensasen en defenderse, Careta, sus mujeres, sus hijos y gran parte de sus súbdidos estaban ya reducidos á prisión. Descubrió en seguida los almacenes que guardaban las provisiones, cargó con ellas dos buques y se volvió con los cautivos y el botín á Darién.

Careta, desesperado ante las consecuencias de tamaña traición, le dijo á Vasco: «¿Qué te he hecho para que me trates tan cruelmente? Si alguno de tu país ha venido al mío, le he manifestado la más cordial amistad, dándole comida y lecho. ¿He salido acaso á recibirte con el dardo en la mano? No; te he proporcionado de comer y beber como á un hermano; déjame libre con mi familia y mis súbditos, y seremos amigos: yo te suministraré las provisiones que necesites y te revelaré los tesoros que hay en mi país. ¿Dudas de mi fe? Toma mi hija, te la dejo en prenda de amistad. Hazla tu mujer, y vive seguro de la fidelidad de su familia y de su pueblo.»

«Vasco Núñez, sintiendo la fuerza de estas palabras, comprendió que una alianza con los naturales le sería muy provechosa; la cautiva doncella contribuyó también á decidirlo, porque le agradó el aire tímido y abatido con que estaba delante de

él, siendo además joven y hermosa. Accedió, pues, á la súplica del cacique, aceptando á su hija y comprometiéndose á protegerle contra sus enemigos, bajo condición de proporcionarle él provisiones para la colonia.»

Tres días estuvo Careta en Darién, siendo tratado con las mayores atenciones y afabilidad; volvió contento á sus estados, y su hija se quedó con Balboa de muy buena voluntad, abandonando gustosa por él familia y patria. Aunque nunca se casaron, ella estaba persuadida de que era su mujer, pues lo era realmente, según las costumbres de su país. Vasco la trató siempre con singular cariño, y ella fué poco á poco adquiriendo grande influencia sobre su ánimo, tanto que al cariño que le inspiró se puede atribuir hasta cierto punto su ruina.

EL CACIQUE DON CARLOS.

Vasco Núñez de Balboa, después que en cumplimiento de la palabra dada á Careta, (1) de defenderle contra el cacique Ponca, invadió los estados de éste, obligàndole á refugiarse en las montañas, pasó á la provincia de Comagre que regía un cacique del mismo nombre, con el objeto de visitarle. (1511.)

Comagre salió á recibir espléndidamente á Balboa; le acompañaban siete hijos, todos de hermosa presencia, y le seguían sus principales guerreros y multitud de indios. Conducidos con gran ceremonia á la población los españoles, los alojaron, suministrándoles abundantes provisiones y criados de ambos sexos para que les sirviesen.

«La casa del cacique excedía en magnitud, gusto y solidez á cuantas habían visto hasta entonces los españoles en aquellos países; pues tenía ciento cincuenta pasos de larga y ochenta de ancha, y estaba edificada sobre fuertes estacás, rodeadas de una pared de piedra alta. La parte era de madera primorosamente entretejida y trabajada con un gusto tan exquisito, que los españoles quedaron sorprendidos y admirados. Esta casa contenía muchas y cómodas habitaciones, varias despensas, unas llenas de pan, carne

---

1—Puede verse **Careta y su hija.** A. F. B.

de venado, etc., y otras de bebidas espirituosas que los indios hacían de maíz mezclado con una especie de palma y raíces de diferentes clases; y por último, un gran salón, en lo más recóndito del edificio, donde Comagre conservaba los cuerpos de sus antepasados y parientes. Secábanlos ó curábanlos al fuego para preservarlos de la corrupción, y envolviéndolos luego en mantas de algodón, ricamente entretejidas con perlas, joyas de oro y una especie de piedras preciosas, muy estimadas de los naturales, los colgaban al rededor de la pared, tributándoles sumo respeto y religiosa adoración.»

El hijo mayor del cacique, el heredero, se distinguía de los demás por su superior inteligencia y sagacidad y por su alma elevada y generosa. Conociendo (Washington Irving cita á Pedro Mártir) que los españoles eran «hombres vagabundos que vivían del pillaje y del engaño,» pensó que el mejor medio de ganar su amistad era satisfacer su codicia; regaló, pues, á Bobadilla y á un tal Rodrigo de Colmenares 4000 onzas de oro y sesenta esclavos hechos en las guerras. Vasco ordenó que sacada la quinta parte que le pertenecía á la corona, se repartiese lo demás entre sus compañeros. La repartición del oro se hizo á presencia del joven cacique en el pórtico de la habitación de Comagre; y como al pesarlo hubiese una reñida disputa entre los españoles sobre el tamaño y valor de las piezas que tocaban á cada uno, el inteligente salvaje se indignó tanto, que no fué dueño de reprimirse y dió con el puño un golpe á las balanzas y esparció el metal por el pórtico; y antes de que los españoles vol-

viesen en sí del asombro que les causara este acto, les habló en los siguientes términos: «¿Á qué disputáis sobre tal bagatela? Si este oro es realmente tan precioso para vosotros, que por él habéis abandonado vuestras casas, invadiendo las pacíficas tierras de los demás y soportando tantos sufrimientos y peligros, yo os enseñaré una región, en donde podréis saciar completamente vuestros doseos. Mirad esas altas montañas, continuó señalando al Sur, al otro lado hay un gran mar, que puede verse desde su cima; navega por él una nación que tiene bajeles tan grandes como los vuestros, provistos así mismo de velas y remos. Todos los arroyos que bajan al mar por la parte Sur abundan en oro; tanto que los reyes que habitan en sus orillas, comen y beben en vajilla de oro, el cual se cría allí con tanta abundancia como el hierro entre los españoles».

Admirado Balboa de lo que oía, le preguntó al joven los medios para penetrar en aquel mar y visitar sus playas. «La empresa, replicó el príncipe, es difícil y peligrosa. Hay que pasar por las tierras de muchos poderosos caciques que se os opondrán con sus armadas huestes; algunos parajes de las montañas estàn infestadas de caníbales, raza cruel, perversa y vagabunda; pero, sobre todo, encontraréis al gran cacique Tubanamá, cuyo territorio dista de aquí seis jornadas, y abunda más en oro que ninguna otra provincia, el cual es seguro que vendrá á atacaros con un numeroso ejército. De consiguiente, para lograr vuestra empresa, se necesitan mil hombres armados como los que os acompañan».

Balboa obtuvo del joven cacique informes to-

davía más extensos sobre la materia. El príncipe, por otra parte, ofreció al descubridor acompañarle con los guerreros de su padre en la expedición que se hiciese á aquellas tierras, como en efecto así lo hizo después.

Estas fueron las primeras noticias que Balboa tuvo del Océano Pacífico; y antes de regresar á Darién para alistar la expedición en busca de él, bautizó al joven cacique, á sus hijos y á muchos de sus súbditos: «mezcla singular de avaricia y religión, que caracterizaba á los descubridores españoles».

El heredero de Comagre, cuyo nombre era Panquiaco, se llamó Don Carlos, en memoria del príncipe austriaco reinante, el gran Carlos V.

LA VIRGEN DE OJEDA.

Entre los jóvenes que acompañaron á Colón en su segundo viaje á las Indias Occidentales (1493) se encontraba Alonso de Ojeda, hijo de una familia noble, que se había educado bajo el patrocinio del duque de Medinaceli. «Era de baja talla, pero forzudo y bien proporcionado, su tez era morena y llena de grata animación, sus miembros tenían la dote de una fabulosa agilidad, diestro en las armas; inimitable en los ejercicios guerreros, arrogante para guiar un corcel, y como nadie, entendido en los botes de las lanzas. Osado de corazón, libre de ánimo, abierto de manos, fiero en el combate, pronto en las querellas, y más aún en perdonar y olvidar las injurias, fué por mucho tiempo el ídolo de la atrevida juventud que entró en las expediciones del Nuevo Mundo, y ha servido después de héroe de extraordinarias leyendas». Washington Irving trae de Las Casas esta anécdota.

«Estando la reina Isabel en la torre de la catedral de Sevilla, conocida, en general, por el nombre de la Giralda, para entretener Ojeda á S.. M., y dar pruebas de su agilidad y valor, se subió á una gran viga que proyectaba en el aire como veinte pies fuera de la torre, á tan inmensa altura de la tierra que las gentes que andaban por ella parecían desde arriba enanas, y hubiera bastado

para aterrar á cualquiera que no fuese Ojeda, el mirar abajo. Pero él salió airoso de su empresa, trepando por la viga con el mismo desenfado y desenvoltura que si hubiera andado por una plaza. Cuando llegó á la punta, levantó una pierna en el aire, y girando ligeramente sobre la otra, se volvió hacia la torre sin que le causara vahido alguno ni temor de ningún género aquella pavorosa altura. Quedándose después sobre un pie en la viga, puso el otro en la pared de la torre, y tiró una naranja por cima de ella; pruebas todas, dice Las Casas, de inmensa fuerza muscular. Tal era Alonso de Ojeda, pronto distinguido entre los que siguieron á Colón y siempre el primero en toda empresa arriesgada, que buscaba el peligro con la ansiedad de un amante, y parecía que peleaba, más por el placer de la pelea, que por el honor que esperaba le redundase de ella».

Este hombre de valor indómito, casi fabuloso, hijo de su temperamento y de la superstición religiosa, que se había criado en las guerras moriscas y que conocía á fondo toda clase de estratagemas, ataques falsos y asaltos de los salvajes, se consideraba invulnerable como Aquiles, porque creía estar bajo la protección de la Virgen María. En la guerra que había hecho á los moros y á los indios, en las batallas campales y en los combates de hombre á hombre, contra uno y contra cien, en las pendencias y en todo encuentro á que le inclinaban su ánimo fiero é inflamable y el amor de las aventuras, jamás Alonso de Ojeda había recibido el menor rasguño. Cuando en la costa de Cartagena le hallaron (1509) sobre las enredadas raíces de los manglares, con el escudo al

hombro y la espada en la mano, pero tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga que no podía articular palabra, sus salvadores vieron sobre la rodela trescientas señales de flechas; pero él no había recibido ni una contusión. Á manera de talismán religioso, Ojeda llevaba siempre consigo en el Nuevo Mundo una estampa de la Virgen, que le había regalado el obispo de Badajoz, Juan Rodríguez de Fonseca. «Jamás abandonaba esta imagen, ni en la población ni en el campo, haciéndola objeto de rezos y oraciones frecuentes. En las ciudades y campamentos la suspendía de su tienda ó de su sala, en sus arriesgadas expediciones por los desiertos le llevaba en la maleta; y cuando la ocasión se lo permitía la fijaba en un árbol, y la rezaba una salve como á su patrona militar, en una palabra, juraba por la Virgen; la invocaba lo mismo en el campo de batalla, que en las bulliciosas querellas, y seguro de su favor, se hallaba siempre dispuesto á toda clase de empresas y aventuras».

Ojeda hizo tres viajes por su propia cuenta y la de algunos socios. En el tercero (1509), los salvajes lograron herirle, (1) cuando le atacaban en su colonia de San Sebastián, en el continente, la cual había fundado sobre una altura al Este del golfo de Uraba, después que abandonó la idea de colonizar la terrible costa de Cartagena. Estaba deshecho, pues,el hechizo religioso, ó la Virgen le retiraba su protección. Esto fué lo que Ojeda creyó, pues la Virgen siguió siendo el ferviente objeto de sus devociones.

1—Puede verse **Pruebas indígenas.** N. del A.

De vuelta de ese viaje, el más desastroso de todos, Ojeda hizo un solemne voto á la Virgen, que cumplió. En un momento desesperado, cuando, en Cuba, él y sus compañeros estaban próximos á perecer por el hambre y el cansancio que sufrieran en las marismas de esa isla, ofreció á la Virgen que si le sacaba con vida de tantos peligros, le erigiría una capilla en la población india á donde llegasen, dejando allí la imágen para que la adorasen los salvajes.

Descubrieron un sendero, lo siguieron y llegaron muertos de debilidad á un pueblecito indio que lo mandaba un generoso cacique de nombre Cueybas. Los indios, así que supieron la triste historia de Ojeda y su gente, los trataron con la humanidad que los españoles no dispensaron nunca á los naturales del Nuevo Mundo. «Los condujeron á sus casas y les dieron de comer y beber, disputándose entre sí el placer de ejecer con ellos la caridad más tierna y desinteresada. Sabiendo que muchos de aquellos desgraciados permanecían en las marismas, mandó el cacique una partida de indios con provisiones para que los auxiliaran, ordenándoles que trajesen sobre sus hombros á los que estuviesen imposibilitados de andar. Los indios, según Las Cosas, hicieron más de lo que se les había mandado, como acostumbraban cuando no se les exasperaba con crueldades. Trajeron á los españoles, socorridos, acariciados, contemplados y casi adorados, como si fueran ángeles»

Ojeda se preparó para cumplir su voto á pesar del profundo sentimiento que le causaba su separación de una reliquia á la cual atribuía piadosa-

mente haber salido sano y salvo de tantos y tan inmensos peligros. Construyó una capilla en que colocó un altar para el culto de la reina de los cielos. Llamó al caciquè, le explicó lo mejor que pudo, valiéndose de intérprete, los principales puntos de la religión católica, y muy particularmente lo que concierne á la Santísima Virgen. El cacique, que le oyó con la mayor atención, concibió hacia la imagen de la Virgen una profunda veneración, sentimiento de piedad que adoptaron y respetaron sus súbditos. Los cubanos de Cueybas conservaron siempre el oratorio limpio y adornado con colgaduras de algodón y varias ofrendas, y compusieron canciones en honor de la Virgen, que cantaban acompañándose con los rústicos instrumentos, y bailando en rededor de la ermita.

El venerable Las Casas, á quien cita Irving, dice al respecto: «que habiendo llegado él al pueblo de Cueybas, poco después de haber salido Ojeda, halló el oratorio conservado con el religioso esmero que exigen tan santos lugares, y la imagen de la Virgen siendo objeto de la más profunda adoración. Los pobres indios se reunieron para oir misa. la que dijo en el altar, escuchando aquéllos con la mayor atención sus paternales instrucciones, y trayendo sus hijos á bautizar sin la menor repugnancia. El buen Las Casas había oído hablar mucho de la famosa reliquia que tanto apreciaba Ojeda, y tenía gran deseo de poseerla; ofreció al cacique en cambio otra imagen de la Virgen que llevaba consigo. Éste dió una respuesta evasiva, quedándose muy pensativo todo el resto del día, no presentándose al siguiente. Las

Casas fué al oratorio y se encontró con el altar desierto: la preciosa reliquia había desaparecido. Preguntando la causa, le dijeron que el cacique por la noche la había tomado y escondido en el bosque. En vano procuró hacerle venir, enviando mensajeros, con la seguridad de que no quería privarle de su querida reliquia, sino por el contrario, dejársela. No hubo medio de atraerlo; ni salió de la espesura del bosque hasta que no le quedaron dudas de la marcha de los españoles. Entonces volvió al pueblo y colocó la imagen en su lugar».

EL ASTROLOGO

Hay una anécdota característica de España en la época del descubrimiento y la conquista de América, anécdota que recuerdan los antiguos escritores españoles que hablan de las aventuras de Vasco Núñez de Balboa.

Un compatriota de Colón, Micer Codro, natural de Venecia, uno de tantos aventureros á quienes atraían las maravilias de los países recién descubiertos, estaba en el Nuevo Mundo por el tiempo en que el descubridor del Pacífico mandaba en jefe en Darién. El italiano era astrólogo, y una noche, pretendiendo adivinar el destino, le señaló á Vasco cierta estrella, y le leyó su horóscopo. Aseguróle que su vida estaría en inminente peligro el año en que volviese á ver esa estrella en el lugar del cielo que le indicó; pero que si sobrevivía á aquel año, sería el más rico y famoso capitán español. Años después el grande hombre conservaba aún esta predicción.

El bárbaro como envidioso Pedrarias Dávila había decidido la muerte de Vasco Núñez, y para consumar una de las mayores iniquidades que la historia registra, se valió de una desleal estratagema.

Vasco estaba en las playas del Mar del Sur con cuatro bergantines y trescientos hombres á sus órdenes, y dispuesto á explorarlo, cuando llegó una hipócrita carta de Pedrarias en la que le citaba á una entrevista en Acla, para tratar sobre

asuntos de esa expedición. Mientras tanto, Francisco Pizarro tenía orden de Pedrarias de apresar, donde quiera que le hallase, al hombre á quien hacía poco él le había ofrecido una de sus hijas en matrimonio. Vasco Núñez, pues, dejando su flota al mando de Francisco Compañón, partió inmediatamente y solo á Acla. Pasados los montes, y ya cerca de este lugar, tropezó con una partida de hombres armados que conducía Pizarro, quien se adelantó para prender á su antiguo camarada. Balboa se detuvo. «¡Cómo es esto, Francisco!—exclamó— ¿Es éste el modo como estabas acostumbrado á recibirme?» Y sin una palabra más, sufrió tranquilamente que le arrestase su antiguo subordinado.

Algunos días después el duro y celoso Pedrarias decapitaba en Acla á Vasco Núñez de Balboa, á tres oficiales de éste, Valderrábano, Botello y Hernán Núñez, y á Hernando de Argüello, socio del mismo. Pedrarias presenció la ejecución oculto detrás de las cañas de la pared de una casa situada á doce pasos del patíbulo.

Andando el tiempo Micer Codro predijo también el fin de un tal Jerónimo de Valenzuela, capitán de un buque en que corría aventuras, ocupándose más en los estudios del cielo y la historia natural que en los tesoros. Valenzuela le ocasionó la muerte con crueldades; pero antes el astrólogo le dijo: «Os cito ante el tribunal de Dios en el término de un año.» Washignton Irving dice, refiriéndose al historiador Oviedo, que Valenzuela murió dentro del mismo tiempo que Micer Codro le había prefijado. ¿Se predecía el astrólogo su muerte?

LA FUENTE DE LA JUVENTUD.

Juan Ponce de León, el conquistador de Boriquén, hoy Puerto Rico (1509), había entregado el mando de la isla que él subyugara completamente, á sus antiguos rivales Juan Cerón y Miguel Díaz, el primero como gobernador y el segundo como teniente. Habiendo todo un continente que explorar, era la pérdida del gobierno de una isla salvaje cosa de poca monta para el alma de Juan Ponce, á quien, aunque viejo, le sobraban fuerzas y osadía para las empresas más románticas, como la mayor parte de los primeros descubridores. Ceñida la espada, pues, podía conquistarse una fortuna. «Encaprichóse, dice Washington Irving, en que aún quedaba un tercer mundo por descubrir, y esperó ser él el primero que tocase en sus costas, adquiriéndose así una fama igual á la de Colón».

Mientras pensaba qué camino debería elegir para encontrar las desconocidas regiones que le rodeaban, unos ancianos indios le hablaron de un país donde no sólo satisfaría sus ambiciones, sino que también realizaría un sueño lisonjero de los poetas. Dijéronle que muy lejos, hacia el Norte, había un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias, siendo lo más sorprendente que poseía, un río con la virtud de rejuvenecer al que se bañaba en sus aguas. Añadieron que en tiempos remotos una numerosa partida de cubanos

navegaron en busca de aquellos afortunados países y el río de la vida, y que como no habían regresado, era de presumirse que los hallaron y no quisieron volver, encantados por los placeres del territorio, viéndose eternamente jóvenes. Otros ancianos indios aseguraban que no era necesario ir tan lejos para rejuvenecerse en el río de la vida, porque en la isla de Bimini, del grupo de las Bahamas, había una fuente con las mismas maravillosas cualidades.

Juan Ponce de León, que era de edad avanzada, oía estos cuentos con especial credulidad. Si descubría esa fuente, ya podría llevar á cabo sus colosales proyectos. El mismo historiador exclama: «¡Qué dicha poder bañarse en aquella prodigiosa fuente ó admirable río, y salir de sus aguas dotado de toda la fuerza y frescura de la primera juventud y de la práctica y sabiduría de la edad madura! Qué de empresas no verificaría en el transcurso adicional de los vigorosas años que se le asegurasen!».

La imaginación de los aventureros españoles había llegado á exaltarse tanto, que creían las cosas más absurdas. Y no eran sólo los aventureros los que creían en los cuentos maravillosos de los indios, sino que hasta los hombres eminentes les daban también crédito; pues Pedro Mártir le escribió al respecto lo siguiente al papa León X:

«Entre las islas situadas al Norte de la Española, hay una á 325 leguas de distancia, según dicen los que las han explorado, que contiene un manantial perenne de agua viva, de tan maravillosa virtud, que bebiéndola con método restablece á los ancianos en su juventud primera; y aseguro

á vuestra santidad que esto no es un dicho sin fundamento, porque es tan válido en la corte, que no sólo el pueblo le da fe, sino hasta las personas cuya sabiduría y fortuna los separan del común del pueblo; mas si vuestra santidad desea saber mi opinión acerca de este punto, le diré que no quiero atribuir tan grandioso poder á la naturaleza; pero sí que Dios se habrá reservado esta prerrogativa para atraerse el corazón de los hombres, etc».

Juan Ponce, pues, hallando aventureros que le acompañasen, armó á sus expensas los buques con que dar principio al viaje.

El 3 de marzo de 1512 salió Juan Ponce del puerto de San Germán, en la isla de Puerto Rico, dirigiéndose hacia el Norte á la parte de las Bahamas; pero sus pesquisas en busca de Bimini y la fuente de la juventud fueron inútiles; y el buen hombre, aunque bebió de todos los manantiales, ríos y lagos del archipiélago, y aun de los salados pantanos de la isla de los Turcos, y se bañó en ellos, no consiguió rejuvenecerse. No por eso se desanimó, sino que, reparando sus buques, volvió á salir, y el domingo 27 de marzo del mismo año avistó lo que primero le parecía una isla, y que resultó ser una región que se hallaba como en la más hermosa y florida primavera; por esto, y porque el descubrimiento ocurría en domingo de Ramos, Juan Ponce la llamó Florida, nombre que aún conserva. Los naturales la llamaban *Cautix*. Tampoco dió allí con el oro que buscaba, y ninguna de las fuentes ni ríos que examinó tenía la virtud de rejuvenecer. ¡Cuántos baños no se daría otra vez el crédulo descubridor!

Convencido de que la Florida no era el país de que hablaba la tradición india, volvió la proa á Puerto Rico, pero con la intención de seguir buscando la isla de Bimini en la travesía. Por fin, desanimado con los obstáculos de que la naturaleza rodeaba á Bimini, desistió de buscarla en persona, y encargó la comisión á Juan Pérez de Ortubia, experto capitán, que partió en uno de los buques, guiado por una vieja que había recogido en una isla. Juan Ponce volvió á Puerto Rico, caído de ánimo y arruinado de resultas de aquel viaje en busca de riquezas y perpetua juventud. Al poco tiempo llegó á Puerto Rico Juan Pérez, quien, guiado por la vieja, había por último hallado la tan deseada isla de Bimini. El fiel Ortubia dijo á Juan Ponce que «ésta era grande, fértil y cubierta de magníficos arbolados; que tenía hermosas y cristalinas fuentes y abundantes arroyos que la mantenían en perpetua verdura; pero que no había agua ninguna con la virtud de transformar los entorpecidos miembros de un anciano en los vigorosos de un joven». Por supuesto que Juan Pérez y sus compañeros y hasta la vieja se dieron sus buenos baños.

Así concluyó la romántica expedición de Juan Ponce, quien, si no halló la fuente de la juventud, hizo en su lugar el descubrimiento de la Florida.

* * *

El año de 1521 efectuó el obstinado Juan Ponce otro viaje á la Florida. Había oído decir que el país descubierto por él, que lo consideraba una isla, era parte del continente y principio de muchas y desconocidas regiones, y quiso emprender una conquista que, si no sobrepujara, igualase á

la afamada de Hernán Cortés. El viaje fué malo, pero al fin llegó á la Florida. Bajó á tierra con su gente, los naturales defendieron sus costas, murieron muchos en la batalla, y él salió herido de un flechazo en un muslo. Lleváronle á bordo, y conociendo que no podría dar otro ataque, dirigió su rumbo á Cuba, á donde llegó enfermo del cuerpo y el espíritu. Juan Ponce murió poco después de su llegada.

«De este modo el destino, dice un escritor, se deleita en trastornar los proyectos de los hombres. El descubrimiento con que Juan Ponce se lisonjeaba alcanzar una perpetua vida, tuvo por resultado acelerar su muerte».

Juan Ponce, sin embargo, dice el citado Irving, si no consiguió prolongar el término natural de su existencia, se aseguró con el descubrimiento de la Florida la eterna duración de su nombre.

Sobre la tumba de Ponce de León el licenciado Juan de Castellanos escribió el siguiente epitafio que es paráfrasis de otro latino:

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varón,
Que en el nombre fué león
Y mucho más en el hecho.

FIN DE LA PRIMERA SERIE.